



El jurado de este premio estuvo compuesto por Antonio Javier Jareño Alarcón (presidente); Milagrosa Esperanza Esplugues Megías, Delfina Marco Navarro, Engracia Robles Rey y Salvador Santa Puche (vocales). Actuó como secretario –con voz pero sin voto- José Manuel Vidal Ortuño.

© Chelo Sierra

© I. E. S. “José Luis Castillo-Puche”

Portada: Javier Polo

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Diseño colección: Victoria Carpena

Imprime: Yeclagrífic, s. l.

I.S.B.N: 978-84-945047-2-3

Dep. Legal: MU-46-2018

# El efecto avispa

Chelo Sierra



*Para Javier. ¿Otra vez? Claro. Siempre.*

*Para mis hermanos Marga, Toño, Cristina,  
Marta y Eduardo. Lo lean o no.*

*Y también, no quiero olvidarme de ella,  
para la avispa que me picó aquel verano.*



*Todo lo que puedas imaginar, es real.*

PABLO PICASSO

*El miedo poco a poco se apodera  
de lo que somos; acabamos siendo  
presagios hacia un vértigo abocados,  
una turbia orfandad, restos de una mentira.  
No soy lo que quisieron, ni siquiera  
soy lo que quise ser. Soy, somos, fuimos  
hormigas del azar del desatino.*

MANUEL LAESPADA,  
del poemario *La piel indefensa*.



## UNO

RIDÍCULA Y FELIZ. Así me sentía bailando claqué, desnuda, sobre el suelo enmoquetado de la residencia del embajador mientras el resto de invitados, vestidos con esmoquin y trajes de noche saturados de lentejuelas, jaleaban cada uno de mis movimientos. El sonido metálico de mis pies descalzos percusionando en la moqueta contrastaba con el de los aplausos mudos de la concurrencia. Me sobresaltó una melodía conocida y, al abrir los ojos, palpé la revista de crucigramas abierta encima de mi estómago y un lápiz mal afilado abandonado junto a ella. Recordé la última definición que había leído antes de dormirme. *Verticales-6: Hipérbole coloquial: — — — —*. Era una palabra de cuatro letras. Volví a escuchar la melodía y, a pesar del sopor que acostumbra a suceder a la siesta, esta vez sí la reconocí. Me puse las zapatillas y bajé al salón. El móvil estaba sobre el sofá y, además de sonar, vibraba. Parecía moverse con la determinación de un suicida: trémula e inexorablemente hacia el precipicio delimitado por el respunte blanco de la costura del reposabrazos. Conseguí cogerlo antes de que se reventara al chocar contra el suelo.

Ramiro. ¿Ramiro? ¿En serio? Eso era lo que ponía en la pantalla, por muy extraño que me pareciera. Hacía por lo menos dos años que no hablaba con él aunque sabía, por lo que me habían dicho, que se había dejado crecer una barba a

lo Robinson Crusoe, que se había convertido en un tipo más raro aún de lo que era cuando pretendía ser normal, y que vivía confinado en una finca llena de robles, silencio y garrapatas situada a poco más de cincuenta kilómetros de la ciudad pero que, a juzgar por la distancia que había tomado nuestra amistad y la lejanía con la que se relacionaba con todo y con todos, parecía estar en otra galaxia. Desde su divorcio, había perdido el contacto con él, y no solo por su afán de convertirse en el perfecto anacoreta, sino porque, además, era una cláusula de obligado cumplimiento exigida por su ex. Ella rompía lazos con todo aquel que se atreviera a seguir manteniendo una relación cordial con Ramiro, de modo que no me quedó otra. Y continué siendo amiga de Rocío, que para eso nos conocíamos desde nuestra época de instituto.

Ramiro me saludó sin mucho entusiasmo, como si nos hubiéramos visto antes de ayer. Yo, sin embargo, lo hice con la incredulidad y la emoción del que acaba de ver resucitar a un muerto. Me encendí un cigarrillo para saborear más el momento, un gesto que hacía siempre que iniciaba una conversación que me apetecía mantener, y salí al jardín.

El verano había llegado con ímpetu después de una primavera lluviosa en exceso; olía a rosas, gardenias y jazmín. A todo a la vez, como si cada una de las plantas estuviera participando en una competición que premiara la excelencia. Me senté en el banco de piedra, junto al macizo de margaritas. Solo habíamos intercambiado las frases de cortesía habituales, — qué alegría, cómo estás, todo bien, sin novedad, cuánto tiempo... —, cuando Ramiro me cortó la retahíla de cumplidos y me dijo:

—Emi, oye, te llamo porque esta mañana...

No conseguí escuchar la frase completa. Lancé el teléfono

por los aires, movida por una reacción súbita e involuntaria, imposible de prevenir, y el móvil, después de describir un par de círculos acrobáticos, cayó a la piscina dejando sobre la superficie del agua unas ondas concéntricas que me indicaban que acababa de perder la conversación con Ramiro, los doscientos y pico contactos de la agenda, fotos, notas y hasta contraseñas; todo estaba ahogado para siempre, eso sí, a solo un metro y medio de profundidad: podría rescatar los restos del naufragio.

Pero yo no chillaba por eso. Ni maldecía por eso. Ni siquiera corría por todo el jardín como si estuviera huyendo de un león hambriento, por eso. Sentía un dolor intenso en el tobillo, como si una aguja incandescente se me hubiera clavado y estuviera quemándome la piel, los ligamentos y hasta el astrágalo del pie izquierdo.

—¡Joder, joder, joder, coño, puta avispa, la madre que la parió!

No recordaba haber sentido un dolor tan agudo ni siquiera en el parto de mi único hijo. Me alegré de que Ramiro no me estuviera oyendo decir tantas barbaridades porque, con lo místico que era, estaría a punto del desmayo. Pensé también que, con seguridad, él tendría algún remedio natural para aquello, siempre fue un experto en plantas curativas y todas esas cosas difíciles de creer. A falta de sus consejos, recordé lo que siempre había oído comentar a mi madre: barro. Echar barro en la zona de la picadura. La avispa seguía volando a mi alrededor mareada, arrepentida o moribunda. Terminé con su agonía de un zapatillazo cargado hasta los cordones de rencor.

No había barro en el jardín. Mi marido, dedicado en cuerpo y alma a su mantenimiento, no había dejado ni un centímetro libre de césped o adoquines de diseño. Pero el

tobillo cada vez me dolía más y urgía hacer algo para aliviar ese ardor palpitante y voraz. Si no era con barro, tendría que ser con cualquier otra cosa. Metí el pie en la piscina y el efecto del agua fría me calmó un poco. Lo suficiente para dejarme pensar con claridad unos segundos y recordar que en algún lugar de la casa debía de haber un antihistamínico. Una crema para este tipo de emergencias domésticas. Si la encuentras, estará caducada, me dije invadida por una corriente pesimista, impropia de mí, que me recorrió el cerebro, desde el hemisferio izquierdo hasta el derecho, y consiguió encontrar un hueco en el que habitar un rato.

Intenté volverme a calzar la zapatilla que yacía junto a las margaritas en posición decúbito prono, como si estuviera orgullosa de mostrar al mundo el líquido viscoso y amarillento que se había quedado adherido a la suela y probando con ello, sin dejar lugar a ninguna duda, que había sido ella la encargada de consumir la venganza. No conseguí ponérmela. En tan solo unos minutos la anchura del empeine se me había multiplicado por dos, las razones para estar preocupada, por tres, y las hormigas que comenzaban a arremolinarse en torno al cadáver de la avispa, por lo menos, por cien.

Entré en casa con el pie derecho. No porque tuviera la esperanza de tener un buen día, eso ya estaba descartado, sino porque plantar el izquierdo en el suelo era un auténtico suplicio e ir a la pata coja me daba cierto aire de mujer desvalida que encajaba perfectamente con la escena.

Busqué en el cajón de los medicamentos, en el mueble del cuarto de baño, debajo del fregadero y hasta en el frigorífico. Pero no encontré ningún tubo de Fenegan, de Polaramine, ni de nada parecido para salir del paso. Me ardía

el pie. El dolor intenso había pasado ya pero el calor infernal se extendía con rapidez hacia la planta del pie y subía hasta la mitad de la pantorrilla. Me vino a la cabeza, así de pronto, una noticia que había oído en la radio el verano pasado: un hombre muerto en Córdoba por la picadura de una avispa. Intenté pensar en otra cosa, pero, por lo visto, el pesimismo se había acomodado en mi mente y no parecía tener muchas ganas de ser desalojado de allí.

Continué la búsqueda. Tenía que haber una mísera crema antihistamínica en algún lugar. En todas las casas hay una, me dije, con el tubo estrujado, caducada o sin tapón, pero, joder, siempre hay una junto al paracetamol y las tiritas. Miré en todos los cajones de la cómoda del dormitorio, revolví en el armario y en el joyero con forma de libro que guardaba camuflado en la estantería. Al fin y al cabo, en ese momento, lo que buscaba era una auténtica joya para mí. Después, abrí el cajón de mi mesilla, aunque sin grandes esperanzas porque sabía que en él solo guardaba dos o tres preservativos, unos tapones amarillos de silicona para taparme los oídos y una bolsita con caramelos masticables de fresa. Todo estaba en su lugar. La puñetera pomada seguía sin aparecer.

Me arrastré por el colchón hasta el otro lado de la cama para mirar en la mesilla de Nacho confiando en que alguien hiciera un número de magia o se produjera un milagro de tal magnitud que el paquete de *kleenex*, el reloj sin pilas o su inhalador antirronquidos se convirtiera, ante mis ojos, en un flamante tubo de pomada dispuesta a acabar con mi calvario. Tal vez, el milagro estuviera produciéndose ahí dentro, en el interior del cajón, pero yo no lo pude ver porque estaba cerrado con llave. Hacía mucho tiempo que no intentaba abrir ese

cajón, pero no recordaba haberlo encontrado nunca cerrado con llave. En realidad, ni siquiera sabía que existía esa cerradura diminuta, jamás me había fijado en ella, aunque creo que yo no la había ignorado por pequeña sino por innecesaria.

La curiosidad comenzó a picarme casi más que el tobillo. Y sentí que también necesitaba calmarla. Estiré con fuerza del tirador, zarandé la mesilla como si fuera un detective sin paciencia obligando a declarar a un asesino, le di un puñetazo que me marcó los nudillos. Pero nada. Tuve que levantarme, ir al baño, coger una horquilla y forzar la cerradura para conseguir abrirlo. La pomada no estaba. Aunque no fue precisamente eso lo que más me impactó.

## DOS

NUNCA PENSÉ que Nacho todavía pudiera sorprenderme. Las reacciones, las conversaciones, los gustos, los gestos... Casi todo en nosotros tenía esa pátina previsible que deja el tiempo y que hacía que nuestra convivencia no fuera una montaña rusa, sino un apacible tiovivo. En una relación como la nuestra, confortable y lineal, un chute de adrenalina era bastante improbable. Como que te toque la Primitiva o te caiga un rayo, por poner un ejemplo. Pero Nacho, esta vez, había conseguido sorprenderme. Y no solo por lo que acababa de descubrir. También porque no me cuadraba que un tipo tan listo, un hombre-ajedrez como él, de esos que se anticipan a todo y conocen sus próximos movimientos mucho antes de que los demás muevan ficha, hubiera actuado con tanta torpeza. Solo un gilipollas consumado guardaría un secreto como ese bajo una cerradura casi de juguete. O sus habilidades de buen estratega se habían ido al garete o estaba perdiendo el norte. Visto lo visto, me inclinaba a apostar por un maridaje perfecto entre las dos posibilidades.

En cuanto Nacho llegara a casa y entrara en la habitación, se daría cuenta de todo: había conseguido abrir el cajón pero yo no tenía la llave para volver a cerrarlo, de modo que descubriría enseguida que lo sabía, que lo había visto. No estaba segura de querer hablarlo con él, no tenía ni idea de adónde me

llevaría dispararle todo un arsenal de preguntas, probablemente sin respuesta y, lo que era peor, tampoco tenía muy claro si aquello, más allá de la primera impresión, me dolía de verdad o era algo tan descabellado, tan poco creíble, que solo podía sentir un malestar de ficción.

Me quedé un momento valorando qué hacer ante una situación tan comprometida, pero la única decisión que fui capaz de tomar consistió en coger del frigorífico una bolsa de guisantes congelados, aunque, obviamente, era una decisión que no tenía nada que ver con Nacho, sino con mi pie, que seguía aumentando de tamaño como si se hubiera empeñado en posar como modelo para un cuadro de Botero.

Cuando Nacho llegó a casa, me encontró tumbada en el sofá, con la bolsa de guisantes congelados alrededor del tobillo y, en la cara, una expresión aún más fría. Gélida por el dolor. Tenía motivos, físicos y psíquicos, para estar aterida por cualquiera de los dos.

Se acercó a mí, preocupado, y se quedó impresionado cuando retiré la bolsa y le mostré el efecto de la picadura de la avispa ya felizmente asesinada por Nike, mi zapatilla.

— ¡Madre mía! ¿Eso te lo ha hecho una avispa? —me preguntó con la incredulidad reflejada en su tono—. Levántate de ahí, anda, nos vamos ahora mismo a urgencias.

Yo no tenía ninguna gana de ir al hospital, y mucho menos a urgencias a perder la tarde. Y tampoco lo creía necesario. Una picadura de avispa no es una urgencia por mucho que la mía tuviera un agujijón del mismo diámetro que una broca del seis. Estaba segura de que en un rato se me pasaría del todo el dolor, que ya había remitido bastante, y la hinchazón acabaría por ceder en unas cuantas horas.

—¿No te has echado nada? —me preguntó, y despegó la bolsa de guisantes de mi piel para ver de nuevo el desaguisado, en un gesto que debía de tener algo de morboso porque el pobre pie me daba grima hasta a mí misma.

—No, he estado buscando una pomada pero no la he encontrado. En vez de al hospital, habría que ir a la farmacia.

Nacho desapareció un momento y volvió con un tubo de Fenegan a estrenar en la mano derecha y un gesto de "ay, qué harías tú sin mí" en la cara. No me dio tiempo a preguntarle dónde la había encontrado porque él mismo se adelantó a explicármelo.

—Estaba en el botiquín que nos regalaron los del seguro, en el armario de Lalo. Anda échate un poco, a ver qué pasa. Y si no se te mejora, nos vamos al hospital, ¿eh? Puede que seas alérgica —me advirtió, y a continuación se quitó los zapatos que estaban más sucios de lo habitual y añadió—: Uf, estoy agotado y eso que es martes. El próximo fin de semana no hagas planes, no pienso moverme de casa.

Nacho se perdió por la ele de las escaleras en dirección al dormitorio con los mocasines en la mano. Allí, como siempre, comenzaría su ritual de transformación: quitarse el traje, entrar al baño, darse una ducha, y regresar al salón vestido como un niño de diez años, con sus pantalones cortos y una camiseta con dibujos, frases o ambas cosas a la vez. Su *look* para después del trabajo, en un día de verano, incluía también unas alpargatas Castañer, azules o negras. Y una sonrisa. Esa, siempre blanquísima.

Intenté recordar algún cambio en la forma de actuar de Nacho. Algún detalle que me indicara la autenticidad de lo que acababa de descubrir; algún pormenor, tal vez pasado por

alto o filtrado por esa capacidad tan femenina del autoengaño, confirmándome que no eran alucinaciones debidas al efecto de la congoja, ni trastornos de mi imaginación. Pero no encontré nada. Nacho seguía siendo el mismo hombre cariñoso y detallista de siempre. Continuaba besándome y llamándome guapa por las mañanas, incluso los días en los que me levantaba con ojeras de zombi. Seguíamos reservándonos una noche cada quince días para ir a cenar solos por ahí, compartíamos todavía algunas ilusiones, no muchas, como la de irnos a vivir al Cabo de Gata en cuanto Lalo terminara sus estudios. No es que pudiéramos definirnos con esas palabras que escribió Alberti que dicen: "*esta mañana, amor, tenemos veinte años*", pero lo intentábamos y hasta continuábamos haciendo el amor. Desde luego, no con la pasión y la frecuencia de los primeros años. De una forma más rutinaria. Nadie puede transformar diecisiete años de matrimonio en una aventura excitante. Pero aun así, nuestra relación se podía calificar con un notable alto.

Nacho tampoco había cambiado sus horarios, ni su humor, ni sus costumbres. De hecho, acababa de regresar al salón con su sonrisa puesta, sus pantalones cortos, las alpargatas negras y una camiseta gris en la que ponía "*Hero of the day*". Pero él no era el héroe del día. Esta vez, me tocaba a mí el papel de heroína: soportar la dolorosa picadura de una avispa y mantener la cordura después de ver una foto de Nacho encima de una cama junto a un hombre joven, cachas y con bigote, no era algo que pudiera hacer una mujer normalita. Era una misión solo apta para *Superwoman* o para *Superidiota*. La segunda se parecía más a mí.

De momento, a Nacho solo le preocupaba el estado de mi tobillo. El de mi corazón le traía sin cuidado. Y eso significaba

que todavía no se había dado cuenta de mi fugaz incursión a su cajón. Me alegré de que fuera así. Y también me alegré de poder alegrarme de algo en un día como ese. El pesimismo debía de haber salido un momento a tomar el fresco porque me encontraba algo más animada y con la esperanza de que el veneno inoculado por la avispa fuera el culpable de esas inquietantes alucinaciones. Quizá no fuera tan mala idea ir al hospital. Con suerte, allí me darían algún medicamento lo suficientemente fuerte como para que mi mente devolviera a Nacho a su estado original, es decir, para hacerle desaparecer de esa foto, aunque el joven del bigote se quedara compuesto y sin novio en esa cama que, sin mi marido, estaría mucho menos revuelta.

Nacho se sentó en los treinta centímetros del sofá que quedaban libres, me levantó los pies y los colocó sobre sus piernas. La bolsa de guisantes empezaba a descongelarse y unas gotas de agua le humedecieron el dobladillo de los pantalones y las rodillas. Inspeccionó con interés el orificio que había dejado el agujijón de la avispa.

—Menuda pinta tiene esto. ¿Te duele? —me preguntó mientras pasaba el dedo por su contorno.

—Ya me duele menos, pero me pica un montón y ¿has visto el color que tiene?

—Precioso: rojo pasión. ¿Y tú te has fijado? Te hace juego con los *shorts* —bromeó, intentando quitarle importancia al asunto.

Le reí sin ganas la ocurrencia. En realidad, su comentario no me hizo ninguna gracia. Llevaba unas horas al acecho de cualquier indicio sobre su lío con el tipo del bigote y el comentario me pareció de lo más elocuente. Rojo pasión.

Podría haber dicho rojo Ferrari, rojo como un tomate o rojo como un cangrejo, podría haber dicho muy rojo, o súper rojo o, simplemente, rojo; rojo sin más. Pero no. Había dicho rojo pasión. Así, sin inmutarse, sin darse cuenta de que con esa expresión, su subconsciente le estaba traicionando. Pasión. Eso era lo que le rondaba por la cabeza a Nacho. Y conmigo no iba la cosa, de eso sí podía estar segura.

Estuve tirada en el sofá con la tele encendida hasta pasadas las diez de la noche. No me apetecía hacer nada, excepto darle vueltas al asunto de mi marido y mirarme de cuando en cuando el tobillo para ver su evolución. Nacho me acompañó un rato en mi inactividad y después salió al jardín a entretenerse un poco. De vez en cuando, entraba en casa y me preguntaba si estaba bien. A través del ventanal, lo vi quitar las rosas secas, podar unas hojas que sobresalían del impoluto seto de *photinias* y regar en algunas zonas a las que el riego automático no llegaba bien. Su forma de coger la manguera, me turbó. Nunca me había fijado en ello. Nunca me había fijado en nada. Ese día todos los que salieron en la televisión, desde el presentador, hasta un par de cantantes, el reportero, el actor o los modelos de los anuncios, me parecieron homosexuales. Un porcentaje del cien por cien era demasiado alto para ser real pero, en ese momento, mi mente solo era capaz de procesar la parte de la información que era relevante para mí. Me detuve en un documental de La 2 para evitar tantas elucubraciones, pero fue inútil: un tigre acechaba a una presa indefensa, era negro y amarillo, como una avispa, y tenía bigote. Un desastre. La atención selectiva siempre fue manipuladora y subversiva.

Cuando por fin me levanté del sofá dispuesta a preparar unos sándwiches para cenar, lo supe: si quería tomar algo,

tendría que ser en la sala de espera del hospital. Ya no había excusa para no ir a urgencias porque, ahora sí, lo mío era eso mismo: una urgencia.

Me fue imposible apoyar el pie en el suelo, al contacto con él, el dolor se hacía insoportable y, además, la planta del pie se había convertido en una superficie convexa que no permitía ningún movimiento de avance, sino tan solo de balanceo.

—¡Nacho, ven, por favor, no puedo andar! —le grité, sentada de nuevo en el sofá.

La puerta corredera que daba al porche se abrió al instante y vi a Nacho entrar asustado. Se acercó y se arrodilló delante de mí, como si fuera a declararme su amor. Pero no fue eso lo que hizo. En vez de cogerme la mano como suele suceder en esos casos, me agarró el pie, y con dificultad porque tenía un contorno imposible de abarcar por una mano de tamaño estándar.

—¡Coño, Emi, estás loca! Pero ¿por qué no me has avisado antes? ¿Tú te has visto esto?

Lo había visto, por supuesto. Inviabile que pasara desapercibido. La inflamación me llegaba hasta la rodilla, el hueso del tobillo había desaparecido de la vista por completo, el color de la piel ya no era rojo pasión, sino morado lombarda, y tenía infiltrado bajo la epidermis tanto líquido que podría haber causado una inundación histórica si al edema le hubiera dado por explotar, algo que parecía estar a punto de suceder porque la piel no daba para tensarse más.

—Vamos a tener que ir a urgencias —le contesté—. Me temo que esto ya no es normal.

—Desde luego, de normal no tiene nada. Esto es una pasada, tenías que haber ido en cuanto te picó. Tú siempre

dejándolo todo para cuando ya no tiene remedio.

Estuvo un buen rato sermoneándome como si se dirigiera a una niña de cinco años. Mientras me reprendía y me adelantaba las consecuencias de mi actitud, que eran desastrosas e incluían hasta la muerte, me ayudó a ir al dormitorio para coger el bolso, cambiarme de camisa y ponerme unos zapatos, llevaba toda la tarde descalza. Después de probar con unas cuantas sandalias y otras tantas chanclas me convencí de que tendría que calzarme solo a medias, es decir, un solo pie; en el otro me puse un calcetín. Nacho cogió las llaves del coche que, por fortuna, no estaban en el cajón de la mesilla, y me llevó casi en volandas al garaje. Eran las once de la noche cuando tomamos la carretera de circunvalación en dirección a un prestigioso hospital privado que no estaba muy lejos de casa y figuraba en la lista de centros concertados de nuestro seguro médico.

## TRES

LA CARRETERA ESTABA VACÍA, y muy oscura a pesar de la infinita hilera de farolas que, a duras penas, se veían a través de la ventanilla y a las que íbamos dejando atrás sin que en ningún momento demostraran su utilidad; a los ayuntamientos les había dado por no encenderlas, convencidos de que ese gesto era el máximo exponente de la concienciación ecologista, y los largos tubos de acero galvanizado que se sucedían cada veinte o veinticinco metros se habían convertido en restos arqueológicos de un esplendor caducado. El panel de control del coche, iluminado en rojo, ¿rojo pasión?, era lo único que proporcionaba un poco de claridad al espacio y a la situación. La canción *My funny Valentine* de Chet Baker sonaba muy bajito en el reproductor mp4. Interrumpí al músico para decir una obviedad.

—Lalo nos llamará por el *skype* y no estaremos.

La frase era de una lógica aplastante y tan idiota como yo misma me sentía sentada ahí, en dirección al hospital, con la pierna izquierda apoyada en el salpicadero y la mente atornillada al recuerdo de una foto que aún me parecía irreal. Aunque no era la frase más inteligente que había dicho en mi vida, Nacho tuvo la consideración de continuar la conversación.

—Bah, ya llamará mañana, no te preocupes, no se va a morir por eso.

Nacho parecía tener claro de qué se puede morir uno

y de qué no: Lalo no se iba a morir por no hablar con nosotros como solía hacer cada noche desde que se marchó a Dublín a perfeccionar su inglés; con sus doce años, infantiles y enmadrados, era la primera vez que estaba fuera de casa y nos repetía cada día que nos echaba mucho de menos y que quería volver. Un ataque de tristeza, a mi entender, era factible; yo, en cambio, sí me podía morir por la insignificante picadura de una avispa. Me hubiera gustado preguntarle si lo suyo, eso de ocultarme al joven del bigote y engañarme, era o no mortal. Pero volví a callarme. Mantenerme en calma y en silencio no era una decisión razonada, era una actitud que me había salido así, sin pensar, como si lo hubiera hecho por instinto de supervivencia o por intuición. No era una reacción lógica. Eso era verdad. Lo normal hubiera sido montarle un numerito a Nacho, llamarle maricón hijo de puta, meterle sus camisas de marca en la maleta, tirársela escaleras abajo y, con unos lagrimones producto de la rabia o del sufrimiento, decirle: vete de mi vista y no aparezcas nunca más. Pero yo no pensaba que Nacho fuera un maricón hijo de puta, ni me apetecía perderlo de vista para siempre. No quería perderlo de vista. Decirle todo aquello podría significar abrirle la puerta, darle permiso para abandonarme.

Creo que por eso continuaba allí, sin decir nada más que obviedades. Con la preocupación inerte, escondida detrás de mi aparente normalidad para evitar que cualquier movimiento la descubriera y trastocara mi vida. Y también por eso estaba intentando olvidar esa imagen que se había quedado pegada a mi retina como un chicle en la suela del zapato y, ante la imposibilidad de desprenderme de ella, pretendía buscarle una explicación, alguna excusa: tal vez se trataba de una broma, o

era un montaje hecho con el *photoshop*, también podía ser una broma —eso ya lo he dicho, pensé—, pero es que solo dos alternativas me parecían pocas y mi imaginación no daba para inventar una tercera. Daba igual, porque aunque hubiera tenido la capacidad de inventar mil, ninguna habría funcionado. Por mucho que deseara cambiar la realidad, disfrazarla o ignorarla, yo sabía que la foto existía. Podía describirla con todo lujo de detalles y, si el calor que me abrasaba la pierna lo permitía, hasta podía volver a sentir el mismo escalofrío que me recorrió el cuerpo cuando la vi. El pacto de silencio que, de forma tácita, había acordado conmigo misma y que pretendía protegerme de cambios indeseados en mi bendita rutina, no me prohibía recordarla: se trataba de una foto impresa en papel satinado pero con una impresora de inyección de tinta, de esas que todos tenemos en casa, en la imagen se veía una habitación que podía ser la de un alojamiento rural con una decoración artificiosa que recordaba a la casa de las abuelas, bastante demodé y, a mi gusto, poco inspiradora de pasiones. Se veía un cabecero de latón, dos mesillas altas de madera, sobre una de ellas había libros y una especie de fular blanco, la cama era de matrimonio pero más pequeña de lo que acostumbran a ser las de un hotel moderno. Sobre ella, Nacho, a la derecha de la imagen, estaba de lado apoyado sobre su codo, con la mano sujetándose la cabeza. Observaba con glotonería a un joven musculoso, de unos veinticinco años, rubio y de ojos claros, que tenía un bigote extraño, alargado y retorcido, como de domador de circo. El chico estaba al otro lado de la cama, también tumbado, y miraba a cámara con esa clase de sonrisa que define a un engreído. Los dos estaban desnudos. Las sábanas habían adoptado formas sinuosas, como de trincheras vacías.

No había que ser muy listo para saber qué había sucedido entre ellos antes de ese instante de la foto. Más difícil era imaginar quién la había disparado. Eso no era un *selfie*, ninguno de los dos tenía el brazo estirado y, además, habrían tenido que recurrir a un *gachetobrazo* para sacar un encuadre casi panorámico como ese. Aunque la postura y la expresión que tenían ambos no parecían poderse adoptar con esa naturalidad en tan solo diez segundos, acepté la hipótesis del disparador automático de la cámara como la mejor explicación. Que hubiera un tercer personaje contemplando la escena o participando en ella, excedía ya mis límites diarios de transigencia. En cuanto al contenido literario del reverso de la foto, preferí mantenerlo en cuarentena. Necesitaba que estuviera en aislamiento preventivo, lejos de mi cabeza durante un tiempo, más que nada por razones de salud. Mental, en este caso.

Miré varias veces a Nacho, pero en ninguna de ellas lo vi a mi lado. Lo veía, una y otra vez, al lado del petulante domador de circo. Pero Nacho debía de estar allí, porque había unas manos agarrando el volante y el coche se movía a más velocidad de la que marcaba la señalización, comiéndose con voracidad las rotondas de la carretera. Tomó la tercera salida de la glorieta. Yo también aproveché para cambiar la dirección de mis pensamientos y salir de ese monotema para entrar en otro: mi tobillo, en realidad ya debía decir mi pierna al completo porque el efecto de la picadura había sobrepasado la rodilla. Me costó flexionarla para bajarla del salpicadero.

El edificio del hospital apareció de repente, en la acera de la derecha, después de una curva que partía en dos la avenida. Era una construcción moderna, de líneas rectas y materiales de moda, revestido de acero corten y cristal. Había una explanada

gigante junto a la puerta principal que le daba al conjunto un aspecto aséptico muy apropiado para la funcionalidad de un hospital. En la explanada no se podía aparcar. Nacho lo intentó, pero enseguida vino un vigilante de seguridad a llamarle la atención. Antes de hacerle caso y volver a dejar la explanada vacía, con su estudiado toque minimalista, aprovechamos para hacerle unas cuantas preguntas al vigilante, un hombre gordo que se asomó a la ventanilla de Nacho con aire autoritario y cuyo uniforme parecía tener dos tonos de marrón por los cercos de sudor que se le formaban en el pecho y las axilas. Nos dijo que, a esas horas, el acceso principal estaba cerrado y solo se podía entrar por urgencias, nos indicó dónde se encontraba el parking subterráneo, cuánto costaba —así, por encima, calculé que para estar tres o cuatro horas allí, tendría que empeñar el anillo de casada—, y, como ya habíamos intimado, hasta nos dio las buenas noches. Intentamos aparcar en las calles adyacentes pero no encontramos ningún hueco libre así que no tuvimos más remedio que meter el coche en el aparcamiento "*arribalasmansosestoesanatraco*". Estaba casi lleno. En la primera planta, apenas había seis o siete plazas disponibles.

—Menudo negocio —dijo Nacho echándole una mirada circunferencial a un recinto enorme y con el espacio aprovechado hasta el último centímetro.

Mientras caminábamos siguiendo las indicaciones de una flechas naranjas pintadas en el suelo, llegamos a la conclusión de que ni las operaciones de apendicitis ni las ecografías en 3D eran el verdadero negocio de ese hospital. Ahí lo que daba dinero era el parking. El resto de servicios e instalaciones eran tan solo una tapadera.

Salimos a la calle a pesar de que las flechas nos llevaron

hasta el ascensor que subía directamente a la recepción de urgencias del hospital. Necesitaba fumarme un cigarrillo antes de meterme en el microcosmos asfixiante de una sala de espera llena de hipocondriacos, ociosos y algún que otro enfermo real.

Nacho me cogió de la cintura como hacía siempre que deseaba transmitirme complicidad, pero yo no quise recibir el mensaje; el contacto me hizo volver a recordar la foto y me llevó a preguntarme si al joven del bigote lo agarraría de la cintura o le pondría el brazo sobre los hombros, qué rol desempeñaría en la pareja, si lo tendrían o no definido, si el domador sería una fiera o un gatito en la cama... Me incomodó su mano laxa apoyada en mi cadera y di un par de pasos hacia delante para obligarlo a cambiar de postura sin evidenciar mi desagrado.

—Bueno, ¿entramos? —le dije con un tono de orden más que de pregunta. Apagué el cigarrillo sin apurarlo y lo tiré a una papelera que tenía justo al lado—. Cuanto antes lo hagamos, antes saldremos.

Con el elevado nivel de dialéctica que venía desarrollando en las últimas horas, pronto podría hacer un máster en obviedades. Las cosas importantes que rondaban por mi cabeza estaban prisioneras, amarradas con esposas y cadenas para que no pudieran fugarse y salir a borbotones por la boca en cuanto el sueño o la fatiga me hicieran bajar la guardia.

A lo largo de mi vida y sin contar mi paso por Maternidad, solo había estado en urgencias tres veces. Todas ellas en hospitales públicos y en calidad de acompañante: con Lalo cuando se cayó de la bici y se rompió un brazo, con Nacho porque sufrió un cólico nefrítico y con mi madre por una hemorragia nasal. Cuando entramos en aquella sala de recepción, no pude evitar las comparaciones. Fue como jugar a esos pasatiempos

de los periódicos de antes en los que había que buscar las siete diferencias entre dos dibujos aparentemente iguales. Aquí el juego era para novatos porque las diferencias saltaban a la vista: la primera, claro, era que en esta ocasión yo tenía el papel de paciente. Pero había otras mucho más evidentes. Los uniformes del personal de admisión eran trajes aptos para asistir a una fiesta, la decoración incluía sillas de diseño y unas lámparas italianas de las que salen en las revistas, las paredes estaban intactas, sin manchas ni desconchones, algo que me sorprendió ya que el estado decrepito de las paredes era algo que se me había quedado grabado en la memoria en mis anteriores experiencias hospitalarias, y podría continuar con la limpieza, el orden, o con ese silencio lacerante: cuando entramos me dio la sensación de que allí todos estaban forrados de los pies a la cabeza con cartones de huevos, como el local de ensayo de un grupo de rock, y aunque hablaran o gritaran, sus voces nunca conseguirían salir de ese envase insonorizado en el que se habían convertido. Sin embargo, todo ello era una simple puesta en escena porque lo cierto era que había más de una docena de personas esperando a ser atendidas y una cola de cinco pacientes esperando su turno para el mostrador de admisión. La cosa tenía pinta de demorarse hasta el amanecer. Nacho le sonrió a una niña de unos dos años que iba en brazos de su papá. Barajé la posibilidad de que la sonrisa fuera dirigida al papá en vez de a la niña.

Andar a la pata coja era una actividad para atletas de élite. Y yo no lo era. Estaba agotada, y eso que Nacho me ayudaba a sujetarme y soportaba mi peso sin rechistar. Después de más de media hora en la fila, llegué al mostrador de admisión con ganas de acabar con la burocracia, y poder sentarme de una

santa vez en una de las sillas de diseño, por muy incómodas que fueran.

La señorita que nos atendió llevaba una chapa a la altura del pecho en la que ponía: "Gemma. Me gusta ayudar". Aunque bien podría haber puesto: "Sargento Bevilacqua. Me gusta preguntar". Gemma me sometió a un interrogatorio de más de diez minutos, y consiguió sacarme todo tipo de información personal.

—Su nombre, por favor

—Emilia Merino Galán

—Su fecha de nacimiento, si es tan amable

—23 de mayo de 1976

—Cuarenta años, ¿verdad, Sra. Merino?

Con un protocolo excesivo y una corrección tan empalagosa que se olía enseguida que era artificial, siguió preguntándome la dirección, el nombre de mi aseguradora, el estado civil, si había sido sometida a alguna operación, alergias, medicamentos, número de hijos, abortos... Hasta que llegó a la última pregunta que, a mi entender, tendría que haber sido la primera.

—Y para terminar, señora Merino, ¿me podría decir el motivo de su visita, por favor?

—Me ha picado una avispa.

Gemma levantó la vista del ordenador en el que iba escribiendo las respuestas a su interrogatorio y me observó como si no lo hubiera entendido.

—Una avispa —repetí—, me ha picado a primera hora de esta tarde.

La señorita recompuso su gesto de "otra imbécil que viene por una estupidez" y, haciendo caso a la declaración de intenciones impresa en la chapa que llevaba en el pecho,

continuó con su labor.

—Claro, perdone, ¿dónde ha sido?

—En mi casa, estaba en el jardín...

Enseguida me di cuenta de que no se refería a ese dónde.

—Ha sido en el tobillo, se me ha inflamado mucho —  
rectifiqué avergonzada por la confusión e intenté mostrarle  
la pierna para que viera que lo mío no era una gilipollez de  
hipocondriaca. Pero ella ni siquiera separó la vista del teclado.

—Está bien, señora Merino, en este *ticket* está su código  
de atención urgente, consérvelo hasta que salga del hospital.  
Puede esperar en esa sala de la izquierda. Y, si lo necesita, ahí,  
a la derecha, tiene a su disposición una silla de ruedas.

Miré a la derecha y vi una ringlera de sillas de ruedas,  
como si fueran carritos de supermercado, pintadas de naranja  
fuerte, el color corporativo del hospital. Nacho me animó a  
coger una, pero no me convenció. Me pareció exagerado y,  
además, me daba mal rollo moverme en una de ellas, de modo  
que continué dando saltitos a un solo pie hasta que llegué a la  
sala de espera. Y, por fin, me senté.

## CUATRO

EL BALANCÍN EN EL QUE, desde hacía unas horas, se mecían mis sentimientos, oscilaba de un lado a otro con una cadencia frenética. Llevábamos cuarenta y cinco minutos sentados, sin movernos, sin hablar, como si fuéramos parte de una *performance* de estatuas humanas disfrazadas de pacientes en una calle turística. Y esa quietud física no hacía sino aumentar la velocidad de lo que sentía por dentro. Las dudas sobre si debía hablar con Nacho sobre él y su domador se columpiaban y cambiaban de posición en cada impulso del cerebro. Unas veces estaban arriba del todo y se estremecían por el vértigo de salir al exterior y, otras, bajaban hasta lo más profundo, deseando quedarse enterradas para siempre. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Mil veces arriba. Mil veces abajo. No sabía qué hacer. Quizá no era el lugar adecuado para pensar en ello. Tal vez el veneno de la avispa había inflamando también mis miedos y mis dudas y se habían ido haciendo cada vez más grandes. Una inmensa bola rodando por una cuesta infinita.

Lo pillé mirando con disimulo el reloj. Sabía lo que le incomodaba a Nacho trasnochar cuando tenía que levantarse temprano. Se ponía nervioso, le atacaba un acceso de ansiedad imposible de superar. Y no importaba dónde o con quién estuviera que, no más tarde de la una de la madrugada, se levantaba y decía: señores, yo tengo que madrugar, así que con permiso me voy a la cama. ¿A qué hora estaría hecha la foto con

el domador? ¿Con él sí que aguantaba hasta las tantas? Me lo pregunté, pero solo durante unas décimas de segundo porque enseguida me di cuenta de que Nacho no había llegado a casa más tarde de las diez de la noche en los últimos meses, y eso solo en situaciones excepcionales cuando venían los proveedores chinos a firmar algún acuerdo con la empresa de importación de la que era directivo y tenía que acompañarlos a tomar unas tapas o enseñarles la ciudad. Además, si no recordaba mal, la foto tenía una luz brillante y cálida, como si el sol entrara a través de una ventana que no se veía en el encuadre. Era de día. Con seguridad. Aquello ni siquiera tenía el atenuante de una borrachera nocturna.

—Deberías irte a casa. —Yo también acababa de mirar el reloj y era casi la una y media—. Es tarde. Y mañana trabajas.

—Anda, anda, ¿cómo te vas a quedar aquí sola? —me respondió con un argumento que pedía a gritos ser refutado.

—Tranquilo, aquí no haces nada y, por lo que se ve, esto va para rato, en una hora solo han atendido a dos personas. Lo que tenía que hacer es irme yo también. — Me examiné la pierna para encontrar en ella un indicio de mejoría que me permitiera salir de allí. Pero la pierna seguía ardiendo y sentía los latidos del corazón y las palpitaciones del pulso en el lugar de la picadura, como si ambos, el corazón y el pulso, hubieran huido del pecho, de las muñecas y de la carótida y estuvieran reunidos justo en el orificio de entrada del agujijón de la avispa. Decepcionada, retiré la mirada de la pierna e intenté convencer a Nacho para que se fuera.

—En serio, Nacho, que no me importa, de verdad. Yo espero a ver qué me dicen y, si es algo importante, te llamo. No te preocupes, anda, tú vete a la cama. —La palabra cama me

propinó una punzada que me revolvió el estómago y sentí un malestar tibio retorciéndome las tripas, pero no supe distinguir si era de celos o de hambre. No había cenado.

A Nacho le bastaron mis palabras para levantarse aunque lo hizo simulando fastidio, como si estuviera imitando a un niño al que se le obliga a ir a dormir justo cuando está viendo su programa favorito.

—Pero en cuanto sepas algo me llamas, ¿eh?

Se inclinó a darme un beso y tuve que prometerle esa llamada para que se fuera de vacío, sin cargar con ningún remordimiento. Al menos, no con ese.

Lo contemplé mientras se alejaba por el pasillo ancho y reluciente en dirección al ascensor. Acababa de cumplir cuarenta años. De espaldas parecía que tenía veinte. Solo la cara estaba sincronizada con su edad; tenía ya algunas arrugas profundas en la frente y alrededor de los ojos, y unos cuantos pelos hirsutos en las orejas. Pero, a diferencia de mí que llevaba ya un tiempo tiñéndome las canas, él no tenía ni una. Éramos de la misma edad; me acababa de dar cuenta de que él parecía más joven. Sus cuarenta años frente a mis cuarenta años. Mi marido, en esto, —¿en qué más?, pensé—, salía ganando.

—¡Nacho! —grité todo lo que pude porque ya estaba cerca del ascensor y yo no podía salir corriendo para alcanzarle antes de que se metiera en él. Mi voz sonó con el efecto de un megáfono: a todo volumen y muy rara, fuera de lugar, como el llanto de un bebé en una noche de ópera. A la eficiente señorita de admisión se le había olvidado forrarme con cartones de huevo. Solo me salió una sonrisa de pomelo para disculparme con todos los que me examinaban con ojos acusadores. Un castigo leve para una infame profanadora de silencios.

Nacho también giró la cabeza. Le hice una señal con la mano para que se acercara. Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia mí con una timidez infantil que le obligó a deshacer el camino con los ojos fijos en las baldosas oscuras del suelo. Yo sabía lo poco que le gustaba llamar la atención y ahora medio hospital lo seguía con la mirada y la curiosidad pegada a los talones.

—¿Qué quieres?, ¿por qué chillas?, nos está mirando todo el mundo —me dijo o imaginé que me dijo, porque lo hizo casi en la lengua de signos. Estaba enfadado.

—El móvil —le contesté esperando que la complicidad explicara el resto.

—¿Qué pasa con el móvil?

—¡Jo, Nacho, que no tengo! —contesté intentando explicarle lo que a la complicidad no le había dado la gana aclarar—. Mi móvil está buceando en la piscina y no me voy a quedar aquí incomunicada, ¿no? Déjame el tuyo.

Nacho se quedó mudo durante unos segundos.

—Te he prometido una llamada en cuanto sepa algo, ¿recuerdas? ¿O ya no quieres que te llame? —le dije con una buena dosis de ironía intercalada entre cada una de las palabras. Imaginé su móvil conteniendo todos sus secretos. Y comprendí que no lo quisiera compartir.

—¡Joder, es verdad, tu móvil! Lo saqué de la piscina esta tarde, está irrecuperable.

No hizo ningún comentario más. Sacó su móvil del bolsillo del pantalón y me lo tendió. No parecía tener ningún miedo de que yo inspeccionara su contenido o, lo más probable, ni se le había pasado por la cabeza que pudiera hacerlo.

Pero lo hice, naturalmente. Aunque, en realidad, ignoro

por qué. Empezaba a pensar que había un ramalazo masoquista en mi personalidad. Si tenía ya una información que no quería o no sabía procesar, ¿por qué me empeñaba en almacenar más datos? Acumular nuevos indicios o descubrir pruebas fehacientes de la infidelidad de Nacho solo podía conducirme a multiplicar mis dudas o, lo que sería peor, a disiparlas. Una vez que lo tuviera claro, ya no habría ninguna excusa para callarlo. Tendría que hablar con Nacho. Discutir con Nacho. Romper con Nacho. Olvidar a Nacho. Rehacer mi vida lejos de Nacho. Y yo seguía sin encontrarle la gracia a todo aquello. No quería pasarme el resto de mi vida añorando un pasado de monotonía deseada. La felicidad mansa del que no espera alcanzar la gloria, pero tampoco caer en la desgracia.

Mientras pensaba esto, ya había escudriñado los SMS, los mensajes de *whatsapp*, y del *Gmail*, la galería de fotos, el calendario y las notas del *smartphone* de mi marido.

Si de espaldas Nacho aparentaba veinte años, cualquiera que se asomara a su teléfono no le echaría más de ocho o nueve. Ni un niño pequeño tiene información tan inocente guardada en su terminal. Encontré tan solo tres conversaciones de *whatsapp*; una de ellas con Salva, un amigo con el que solía jugar al pádel:

*-macho, tengo unas agujetas de la hostia/ -no me extraña, menudo partidazo, tío/ -me alegré de ganar al gilipollas de Pedrito/ -jajajaja, se fue de mal humor el cabrón/ -jajajaja.//*

Otra con su hermana Fátima:

*-hola!!!/ -hola hermana, cómo estás?/ -bien, guapo, oye sabes dónde está mamá?? La estoy llamando a casa y no lo coge/ -se habrá fugado/ -jajajajaj/ -tranquila ha quedado con su amiga Lola/ -ah, vale, pues luego la llamo, kisses mil.//*

Y una tercera con Pepa, una compañera de su grupo de teatro:

*-el ensayo se ha adelantado, es el martes a las 18 h/ -Gracias por avisar, no lo sabía/ -y tráete el texto de Chéjov, el de La Gaviota, parece que es el siguiente/ -Ok, nos vemos el martes/ -:)))))))).//*

En la bandeja de entrada de *Gmail*, había cuatro mensajes: tres de una web de venta de artículos deportivos confirmando los datos de la compra de unas zapatillas de deporte, un pantalón corto y de unas muñequeras de felpa. No me había contado nada de esas nuevas adquisiciones. El cuarto *mail* era de las autoridades aduaneras del puerto de Barcelona sobre el pago de unos aranceles. En el calendario de citas no tenía marcado nada. La galería de imágenes contenía unas veinte fotos absolutamente inocuas: muchas de ellas de nuestro hijo Lalo. Algunas no las había visto nunca: Lalo en el salón de casa, vestido con la equipación del Real Madrid. Lalo comiéndose una buena ración de *ketchup* con hamburguesa en un centro comercial. Lalo haciendo un globo con un chicle. En esa estaba guapísimo.

Mi pequeño Lalo. Tan lejos, tan pronto. El sueño de perfección de unos padres imperfectos. Estaba deseando que volviera para que, de nuevo, hubiera alguien en casa que hablara, escuchar otra vez palabras y gritos y risas rebotando en las paredes.

Me daba cuenta ahora de que Nacho y yo hablábamos poco. Nos conocíamos tanto que ni siquiera los silencios largos se hacían incómodos. Lo malo radicaba en que cada vez eran más largos, cada vez menos incómodos. No podía precisar cuándo fue la última vez que nos habíamos detenido a hablar de

nosotros, de nuestros sentimientos, de nuestra relación. Todo eso estaba ya hablado y no había nada más que añadir sobre ello, tal vez pensáramos que eran temas incorruptos como el cuerpo de Santa Teresa, inmutables al desgaste del tiempo y las dificultades. Nos bastaba con hacer una pequeña sinopsis del día —qué tal te ha ido, el trabajo bien, estoy cansada, ¿pongo la mesa?— para sentir que todo iba bien. Todo parecía ir bien. Y ahora, de pronto, la persona con la que llevaba años compartiendo la cama, el mando de la tele y hasta los rollos de papel higiénico, era un impostor que me engañaba. Seguía sin creerlo. Me resultaba difícil encontrarle una explicación.

Estaba segura de que la trama de esta historia llegaría a un desenlace inspirado en el *deus ex machina* que tanto utilizaban los dramaturgos griegos y, así, por obra y gracia de alguna divinidad y en el último momento, se produciría una situación improbable que vendría a solucionar, de una forma absurda y fácilona, los problemas de la protagonista, es decir, los míos. Un dios salido de la máquina en forma de sueño, por ejemplo: al final, yo me despertaré y todo habrá sido una pesadilla, pensé. No hay forma más sencilla de darle sentido a algo que está lleno de incongruencias. Solo los sueños —y los dioses— resucitan a los muertos, deshacen errores y rebobinan el tiempo.

Ambos lo pueden y lo admiten todo. Incluso convertir a mi marido en un adúltero.

## CINCO

"HAN PASADO MUCHOS HOMBRES por esta cama, pero en ella solo quiero que estés tú: eres el mejor. Decídate pronto. Te espero. J.". Este era el texto que estaba escrito en el reverso de la foto y que acababa de fugarse del encierro al que yo misma le había sometido. Un texto mucho más elocuente de lo que a simple vista parecía ser. Aunque la primera lectura era ya inquietante, lo que se intuía entre líneas actuaba en mí como si me acabara de tomar una docena de cafés muy cargados: me ponía de los nervios y, con seguridad, me iba a mantener en vela toda la noche y una buena temporada más. O dos. Lo primero que deduje fue que el domador era un joven promiscuo y petulante como ya anunciaba su sonrisa. ¿Cuántos hombres habrían pasado por esa cama? ¿Cuántos cabían en la palabra muchos? Me preocupó el aspecto higiénico y sanitario de tanto cambio de pareja por parte del domador cuyo nombre, por lo que podía adivinar en la dedicatoria, empezaba por jota. Lo único que me faltaba era que la aventura de Nacho me dejara un recuerdo imborrable no solo en la cabeza sino también en mis inocentes partes genésicas. Noté un picor ahí mismo. O el veneno de la avispa seguía subiendo pierna arriba o la aprensión tenía patas de araña y caminaba por debajo de mi tanga. Para mi fortuna, la consulta de ginecología no debía de estar muy lejos. Por otra parte, Jota, o sea, el domador, había hecho un propósito de enmienda y, cansado de tanta variedad,

pretendía quedarse con el mejor; un superlativo que, cosas de la vida, él pensaba que pertenecía a mi marido. Era, además, un tipo impaciente y autoritario. A ese "decídete pronto" solo le faltaban un par de chasquidos de su látigo para sonar a orden urgente. Imposible de posponer para más tarde. ¿La obedecería Nacho? ¿Estaría planteándose en ese mismo momento? Y, ya para terminar, había una última lectura en ese mensaje que yo me empeñaba en deconstruir, como si fuera la tortilla de patata de un restaurante de moda. En las dos palabras finales, el impaciente y ahora también contradictorio Jota había dejado de restallar su látigo y, ya un poco más dócil, había decidido que Nacho le gustaba tanto que no le importaba esperar lo que hiciera falta para tenerlo a su lado. Y eso era lo que más me asustaba. Si el domador era perseverante tal vez consiguiera que Nacho pasara por el aro.

Javier, Jacobo, Jesús, Jorge Durán, Jorge Mendoza, Juan, Juanjo, Julián y Julio. Todos los nombres de varón que empezaban por jota y que Nacho tenía archivados en la agenda del móvil pertenecían a hombres a los que yo conocía: cuatro amigos comunes, dos compañeros de trabajo, su dentista y dos amigos que lo eran desde la más tierna infancia. Ninguno era Jota. El domador no estaba archivado en el móvil de Nacho. Eso, lejos de tranquilizarme, me inquietó aún más. Solo podía haber dos razones para ello: o Nacho se había tirado a Jota, así, a las bravas, aquí te pillo, aquí te mato y si te he visto no me acuerdo, una actitud totalmente ajena a la forma de ser del Nacho que yo conocía desde hacía un siglo de casi veinte años, o el móvil que yo tenía en mis manos no era el que utilizaba para comunicarse con su amante. ¿Tendría otro dedicado en exclusiva a él? ¿Era un plan deliberado y Nacho

lo tenía todo pensado y organizado para que nadie pudiera sorprenderlo? Una doble vida perfectamente diferenciada, con fronteras imposibles de cruzar sin el correspondiente visado. Esta alternativa me pareció más acorde con la personalidad de Nacho. Pero, en realidad, cualquiera de las dos dejaba claro algo que no me gustaba nada: estaba casada con un señor desconocido. Un personaje que había suplantado el cuerpo de Nacho, sus gestos, su voz, su olor y su forma de caminar, pero que no andaba muy fino a la hora de imitar su forma de actuar. El discreto, pragmático y leal Nacho había desaparecido. O, quizá, nunca existió.

El estribillo de la canción *Limón y sal* de Julieta Venegas sonó de repente y consiguió alinear un poco el ambiente de aquel lugar, soso como la comida de un geriátrico. De nuevo todos me miraron. Era la única que daba la nota esa noche. Contesté la llamada.

—¿Ya has llegado? —le pregunté

—Sí, había un control de alcoholemia. He tardado un poco más de lo normal. ¿Y tú?, ¿todo bien?

—Sí, sí, todo bien. Aquí estoy, igual que me has dejado. Han llamado a dos personas más. Esto va lento —lo dije con una voz afectada que no conseguí disimular.

—¡Joder con los hospitales privados! Si lo llegamos a saber vamos al de siempre, pues a ese ritmo desayunas allí. Tienes la voz tristona, ¿de verdad que estás bien?

—Bueno, si tenemos en cuenta que tengo la pierna como una columna de Bernini y un marido que me pone lo cuernos con un domador, no estoy mal del todo —esto solo lo pensé aunque habría estado bien ver su reacción si de verdad lo hubiera dicho. A cambio de esta contestación temeraria, le dije

algo mucho más convencional:

—Que sí, Nacho, que estoy bien... Bueno, sigue doliéndome el pie y está hinchadísimo, pero lo soporto, no te preocupes. A ver si se ponen las pilas y termino pronto.

Me recordó que le llamara en cuanto supiera algo y se despidió con un bostezo contagioso que me hizo abrir la boca también a mí.

Estaba cansada de estar allí, pero no tenía sueño. Esa mañana me había levantado tarde. Llevaba ya más de una semana levantándome tarde. Mi trabajo de profesora de Historia del Arte en un instituto me proporcionaba unas vacaciones XXL, varias tallas más grandes de las que usaban la mayoría de los mortales a los que, con frecuencia, las vacaciones les quedaban raquílicas. A mí, sin embargo, me venían enormes. Me gustaba mi trabajo, me entretenía. Dos meses sin pisar las aulas, encerrada en casa, se me hacían eternos. Y este año, sin Lalo, mucho más. Nacho solo podía disfrutar de quince días libres en verano, y siempre en agosto, lo que se traducía en algo más de una semana en una playa abarrotada de gente, y vuelta a casa. Por primera vez, me desagradó imaginar quince días seguidos sin separarme de mi marido. A tiempo completo. Despertar con Nacho. Desayunar con Nacho. Pasear con Nacho. Comer con Nacho. Nadar con Nacho. Dormir con Nacho. Pensé que con tanta proximidad me sería difícil superar la tentación de hablar con él de algo más que de la temperatura óptima del tinto de verano y otros temas de la misma trascendencia. No estaba segura de poder mantener la cabeza tan fría como hasta ahora, en algún momento de debilidad echaría por tierra todo y las vacaciones dejarían de ser presuntamente felices. Hay montones de divorcios después del verano. El nuestro

llevaba camino de ser uno de ellos. Si hace tan solo unas horas romper con Nacho me parecía la idea más descabellada y más terrible del mundo, con el paso de los minutos, cada vez me resultaba menos descabellada y menos terrible. La cobardía que me hacía preferir ser engañada por Nacho que perderle, se estaba esfumando. Nacho ya no era Nacho, de modo que no pasaba nada por sentir cierta antipatía hacia él, y eso era lo que me estaba ocurriendo. Empezaba a caerme mal ese marido nuevo que se acostaba con un hombre rubio y con bigote y guardaba bajo llave fotos del delito y apremiantes mensajes de amor. El desencanto siempre llega de puntillas y sin avisar, como llegan las visitas inoportunas un domingo de otoño a la hora de comer.

El hecho de que el amante de mi marido fuera un hombre en vez de una mujer, como hubiera sido lo previsible, ni quitaba ni añadía importancia al acto deleznable de la infidelidad. Si acaso, aportaba unos gramos extra de sorpresa o de originalidad. Nada que agravara la situación. Nada que la atenuara. Estaba convencida de que el amor era una cuestión de química, y esa química podía surgir entre dos personas del mismo sexo con la misma naturalidad con la que surge entre un hombre y una mujer. Recordé de pronto que yo misma había estado enamorada de mi profesora de gimnasia con catorce o quince años y, aunque no pasó de ser una anécdota, un amor platónico y unilateral, me enseñó a ver la homosexualidad disociada de cualquier tipo de prejuicio. Aun así, me seguía interesando saber si Nacho era homosexual de armario, si acababa de descubrir su atracción por los hombres o si aquello había sido una experiencia producto de la curiosidad. La crisis de los cuarenta. Esa también podría ser la razón. No tenía ni idea si era el caso

de Nacho, pero cuando se tiene la autoestima por los suelos, el sexo suele ser un revulsivo eficaz. La clase de abono que necesita un ego marchito.

El hambre me despertó del bucle en el que estaba inmersa. En algún lugar había leído que el estómago vacío es fatal para las relaciones humanas. Broncas, peleas y decisiones disparatadas suceden con mayor frecuencia antes de comer. Y yo no me había metido nada para el cuerpo desde las tres de la tarde. Más de doce horas de ayuno me estaban llevando al caos mental y a sentir unas ganas locas de poner verdes a celadores, enfermeras, médicos y demás personal sanitario vestido de naranja, por esa lentitud que estaba a punto de acabar con mi paciencia. Sería mejor que me tomara algo. Había una máquina expendedora de bebidas y sándwiches en la puerta de entrada, pero no me apetecía moverme, había desarrollado un fuerte vínculo afectivo con la silla de diseño, una especie de síndrome de Estocolmo que me impedía despegarme de ella. Además, me dolía la cabeza y notaba un calor anormal en las mejillas y en los lóbulos de las orejas. No quise ni barajar la posibilidad de que fuera fiebre.

## SEIS

EN LA SALA DE ESPERA había un panel digital, como los que informan de los vuelos en los aeropuertos, en el que aparecía el código de atención urgente del paciente al que le tocaba el turno y el número de *box* al que debía dirigirse. Eran códigos extraños que no daban ninguna pista sobre quién iba antes y quién después. Tenía ya muy manoseado el papel que me había dado la eficiente señorita Gemma con mi código, el EMG1. Cuando lo leí, supuse que era una interpretación reducida de la palabra emergencia y que el 1 era la prioridad de la misma. Pero esa máxima prioridad que yo había imaginado y que me había parecido exagerada, no coincidía con la realidad de la espera interminable a la que me estaban sometiendo.

En el panel sonó un pitido y se encendió una luz verde intermitente que iluminó el código MDT1. Me pregunté a qué corresponderían esas letras. Bromeando conmigo misma, se me ocurrió que podían ser las iniciales de la frase Me Duele Todo. Me hizo gracia ver cómo se levantaba con mucha dificultad un hombre mayor que, por su cara de sufrimiento y sus movimientos torpes, sin duda encajaba a la perfección en el concepto. Una señora con el pelo canoso, se levantó detrás de él. Supuse que era su mujer.

—Miguel, por ahí no, a las consultas se va por aquí, a la derecha —le indicó para que cambiara el rumbo, ya que iba en dirección contraria.

Y entonces, no sé por qué, fue cuando me di cuenta de que el código de atención urgente, como lo llamaban, eran simplemente las iniciales del nombre y apellidos de cada paciente. El de Miguel, empezaba por "m". El mío por "e". Emilia Merino Galán. EMG. No había un orden lógico y determinado. Imposible saber quién sería el siguiente. En ese lugar, el turno te llegaba por sorpresa. Sin darte tiempo a prepararte de antemano, a coger el bolso y meter en él los nervios o la ansiedad, a tensar los músculos de las piernas para levantarte rápido, como si estuvieras esperando el pistoletazo de salida en una carrera de velocidad. Quizá por eso, ninguno de los que estaban allí apartaba la vista de esa pantalla, absortos y temerosos de no aparecer nunca en ella; absortos y esperanzados de ser los siguientes.

Yo hacía tiempo que había desviado la mirada del panel porque mis ojos estaban perdidos en algún punto indefinido de mi futuro, fijos en la abstracción de mis pensamientos, y también porque, de momento, no era preciso estar pendiente: intuía que mi turno tardaría mucho en llegar. Dudé en levantarme a coger una de las sillas de ruedas y darme una vuelta por los pasillos que, vistos desde mi posición, parecían infinitos. También consideré la posibilidad de levantarme de allí de una puñetera vez, coger un taxi para irme a casa y dejar que mi pie volviera a la normalidad de forma natural, sin la mediación de antiinflamatorios, antibióticos o cualquier otro medicamento más o menos efectivo. Ya estaba bien de perder el tiempo. Me levanté por telequinesis. Solo con la mente. Porque la pierna seguía sin querer dar un paso. Y menos un paso como ese, que podía llevarme a una situación tan incómoda: ¿y si llegaba a casa y Nacho no estaba? O, aún peor, ¿y si llegaba a casa y

Nacho estaba acompañado? Me puse en su lugar: tener un amante reciente —lo de reciente era un suavizante añadido a la frase para sentirla menos áspera— y, de repente, sin esperarlo, disponer de una noche libre para estar con él, sin necesidad de poner excusas ni inventar historias inverosímiles. Eso tenía que ser una sensación maravillosa, como la del pájaro que se encuentra la puerta de su jaula abierta. El placer de volar sin dañarse las alas al hacerlo. No tuve ninguna duda de que yo, en su lugar, habría aprovechado la ocasión. Seguro que él también. Sin mí y sin Lalo de testigos, Nacho podía estar ahora retozando de nuevo en la multitudinaria cama del domador, si es que no estaba ocupada, o podía haberlo invitado a casa, ofrecerle un *gintonic*, guiarlo hasta nuestra habitación y follar allí, mezclándose con mi perfume, respirando juntos mi ausencia, enredándose los brazos o las piernas con mi camisón que estaría como siempre escondido debajo de la almohada.

Moví la cabeza de izquierda a derecha de forma instintiva. Nacho no era capaz de hacerme algo así. Una cosa era ser infiel y otra muy distinta profanar ese lugar sagrado que comparten las parejas y que se llama dormitorio. Estaba fantaseando. Y fantasear no es beberse montones de refrescos de naranja de una tacada, como alguna vez le escuché decir a Lalo. Fantasear es sufrir o disfrutar prematuramente: me estaba anticipando a un hecho que barruntaba dolor, como si fuera una nube negra que lleva dentro una tormenta.

Las cuatro de la mañana no es la hora más oportuna para llamar a nadie, ni siquiera teniendo tantas confianzas como yo tenía preparadas en la recámara para dispararlas una a una o en plan ametralladora, eso todavía no lo tenía claro. Rocío estaría en brazos de Morfeo o, si no, en los de Luis, Fredy,

Kuan-yin, Abdul, Manolo o cualquiera de los amigos, como ella los llamaba, que coleccionaba desde que se divorció de Ramiro. En todo caso, no eran horas de molestarla y sacarla de sus sueños, fueran estos custodiados por dioses o por hombres de carne y hueso. Tenía ganas de contarle la llamada *interruptus* de su ex, sobre todo para preguntarle si tenía idea de para qué se había puesto en contacto conmigo. Ella se las apañaba para enterarse de todos los movimientos que daba Ramiro a pesar de que rara vez se comunicaba con él. «Tengo espías debajo de las piedras de esa mierda de finca en la que vive», solía decir para explicar por qué sabía que Ramiro se había dejado barba, que estaba haciendo unas perreras para criar podencos o que se había hecho un experto recolector de setas. Y, en efecto, los espías debían de existir, debajo de las piedras o encima del tejado, porque alguien tenía que ponerle al corriente de todo ello.

Era información sin importancia que luego Rocío dejaba caer en alguna conversación, con desdén, como si le exasperaran las actividades, para ella estafalarias y absurdas, del que había sido su marido. El despecho se esconde tantas veces detrás de la prepotencia que es difícil distinguirlo. Y Rocío, ella misma me lo confesó una noche de charla y mojitos, todavía no había sido capaz de digerir la huida de Ramiro, que había salido por patas ante la certeza de una existencia desapasionada, como la que llevaban, o llevábamos, la mayoría de las parejas de nuestro entorno. Solo los amores breves son eternos. Quizá por eso, le seguía doliendo haber perdido a Ramiro y, de una forma u otra, envidiaba su valentía y su determinación a la hora de abandonarlo todo y construirse la vida de sus sueños. Pero esas son cosas que solo se reconocen cuando el alcohol nos

cauteriza la consciencia. De modo que, aparte de esa noche, Rocío nunca más se mostró despechada. Sino todo lo contrario. Solía presumir de su condición de divorciada y gritaba a los cuatro vientos que nunca había sido tan feliz como ahora que hacía lo que le daba la gana y se acostaba con quien le salía del coño —así lo decía ella—, y que había que ser muy tonta para conformarse con una polla —esto también lo decía así— pudiendo tener montones de ellas con solo levantar la mano. Elegir una era como pillar un taxi pero mucho más fácil porque a Rocío le traía sin cuidado que el Morfeo de turno estuviera libre u ocupado.

No me vi en el papel de mujer fatal que había adoptado Rocío, pero obtuve cierto placer imaginándome sin ningún tipo de responsabilidad conyugal, incluida la de dormir en la misma cama, algo que cada vez me parecía más extemporáneo, vivir en una urbanización de las afueras de la ciudad con lo que a mí me gusta el centro, o asistir a los cumpleaños de mi familia política. Renuncias y sacrificios aromatizados con el sabor de lo cotidiano que se tragan sin masticar para no sentir el regusto amargo que contienen en su interior. Si había o no una vida mejor fuera de esa a la que yo estaba aferrada era algo que no me había planteado hasta ese momento, como el ateo al que no se le pasa ni por la imaginación la idea de la eternidad hasta que no siente cerca la muerte.

Me giré hacia la pantalla porque acababa de emitir el sonido que desvelaba el código del paciente al cual le había llegado el turno. Confirmé que no era el mío. El afortunado impaciente era un tal LGI, esperé con curiosidad a ver si se levantaba un electrodoméstico estropeado y, en efecto, se levantó una señora con dimensiones de frigorífico americano, pelo

rubio y cara de turista nórdica, a la que le había desaparecido el segundo apellido. Su estado de funcionamiento se intuía deficiente pero a simple vista no se apreciaba cuál era la pieza que le fallaba. A mí, además de la pierna, también me fallaba la cabeza que estaba convirtiéndose en una olla a presión en la que hervían ideas contradictorias cuyo sabor agridulce no sabía si me gustaba o me daba asco.

## SIETE

EL HOSPITAL DESPERTÓ DE SU LETARGO y, como si se hubiera accionado un protocolo de desalojo inmediato, todo el personal sanitario disponible comenzó a correr en dirección a la puerta de urgencias, con sus trajes naranjas a juego con el reflejo de la luz de la ambulancia que teñía las paredes y se colaba por el ventanal de la sala de espera, despertando del ensimismamiento a todos los que estábamos allí presentes. Daba igual que dentro de la ambulancia hubiera alguien con un tiro en la sien o con un infarto fatal, lo que importaba de verdad era que, por fin, había algo con lo que distraerse un rato, algo que nos facilitaba la complicada tarea de salir de esa rutina en la que se había convertido la espera: pensar, consultar el panel, mirar el reloj, un suspiro y vuelta a empezar. Yo ya me había acostumbrado a esa secuencia de actos reflejos y había abandonado cualquier intento de rebeldía o de controversia. Si lo que tocaba era estar ahí, yo no tenía ganas de contradecirlo. Dejar que el destino te ordene, te organice y te lleve de la mano. Sin concederse a uno mismo la oportunidad de elegir. Nunca me vi como un títere pero, bien pensado, puede que lo fuera y mi actitud a lo largo de la vida estuviera dirigida por unos hilos invisibles o por una conexión *bluetooth* si es que el hado estaba ya suficientemente modernizado.

Las puertas de la ambulancia se abrieron y los enfermeros sacaron una camilla con un cuerpo cuya quietud contrastaba

con los movimientos rápidos y precisos del personal médico. Tentada por el morbo o el aburrimiento, pegué la nariz al cristal para no perderme ni un detalle, pero el herido, el enfermo o el moribundo —todavía no tenía datos para saber en qué categoría encuadrar al individuo—, estaba rodeado de sanitarios y apenas pude verlo. Uno de los médicos situado a la altura de su cabeza se desplazó un instante para coger una mascarilla de oxígeno y entonces fue cuando me di cuenta de que la obsesión estaba campando a sus anchas en mi mente porque me pareció ver la cara de un joven rubio con un bigote extraño, alargado y retorcido, como de domador de circo.

Cerré los ojos, que parecían haberse quedado enganchados en la imagen de Jota, y los volví a abrir para acostumbrarlos de nuevo a la realidad, como si con ese gesto pudiera reiniciar mi visión de las cosas que, en las últimas horas, estaba tan manipulada como una televisión pública y solo me mostraba lo que le convenía. El domador no podía estar allí, ¿qué coño iba a hacer en un hospital a las cinco y media de la mañana? O el destino estaba de antojo o era imposible que hubiera tenido un capricho tan rebuscado: hacernos coincidir en el mismo lugar y en el mismo momento por fuerza tenía que desencadenar en una situación rocambolesca.

La camilla pasó frente a la sala de espera a la velocidad punta de un McLaren. Imposible captar más que el sonido de sus ruedas derrapando y la voz apremiante de una mujer que desacataba a gritos la ley de protección de datos:

—Varón, veintisiete años, sin consciencia, cianosis, inflamación abdominal, posible intento de suicidio...

La voz, el camillero y su comitiva al completo se perdieron tras unas puertas que se abrieron automáticamente, y el

hospital volvió a la normalidad. El paréntesis de adrenalina no nos dejó huella; todos nos sumimos de nuevo en la rutina, ningún signo en nuestra cara o en nuestra actitud evidenciaba ya el episodio del presunto suicida.

El domador podía ser tan solo un paréntesis en la vida de Nacho, algo incidental, capaz de interrumpir su cotidianidad pero sin la fuerza necesaria para alterarla. Como la ambulancia en esa noche larga de hospital. Tal vez, el paréntesis estuviera ya cerrado pero, en todo caso, a mí me había distraído lo suficiente como para hacerme olvidar el significado de la oración principal. Ignoraba si podría volver a retomar el curso de nuestra relación pero, para ello, primero tendría que borrar de mi memoria el puto paréntesis y todo lo que Nacho había metido en él.

Pensar en regresar a casa empezaba a inquietarme más que quedarme donde estaba. La pierna continuaba hinchada y camaleónica, ahora roja, ahora morada, ahora tirando a negra... y eso me proporcionaba la excusa perfecta para no despegarme de la silla hasta que mi código apareciera en el panel y tuviera que arrastrarme hasta el *box* que me asignaran. Ya no tenía prisa. Poniéndome en la mejor de las situaciones, en casa encontraría a un hombre solo durmiendo en nuestra cama. Lo que no tenía claro era qué hombre sería ese, ¿mi querido Nacho o el Nacho querido del domador? Circunstancias diametralmente opuestas, tan diferentes como mis sentimientos por cada uno de esos dos nachos, un triángulo que nada tenía que ver con la comida mejicana, sino con un amor con tres vértices y un sabor, eso sí, bastante picante. Realmente, además de desvariar, cada vez tenía más hambre. Una bolsa de patatas fritas, una chocolatina, unos cacahuetes..., cualquier cosa me valdría para

calmar esa sensación de vacío que tenía en el estómago. El otro vacío, el del corazón, solo me lo podía calmar una buena ración de venganza o de ignorancia. Trasladar mi casa a Pago Pago, en la isla de Tutuila, o más allá para retrasar el tiempo, que la diferencia horaria obrara el milagro y ni la avispa ni la foto me hubieran picado todavía. Podía apelar también a la falta de memoria, una tara en el hipocampo para olvidarlo todo y evitar así ser rencorosa. Pero nada de eso se ajustaba a la realidad: no estaba en ninguna isla de la Samoa Americana, sabía mucho más de lo que yo hubiera querido, y mi memoria era extraordinaria. No había eximentes, todo parecía llevarme, sin escalas ni rodeos, hacia una ruptura que yo, a pesar de todo, todavía no deseaba.

Alcé la mirada y vi a la eficiente señorita Gemma empujando una silla de ruedas vacía. En dos zancadas, se situó frente a mí y me pareció, no sé por qué, grotesca; una especie de personaje de cómic de cuya boca imaginé que salía un bocadillo gigante lleno de *grrrrrrrrrrr, zas, paf, arggggg, bang, craaaaaaacck, ratatatatatata*, y la colección completa de onomatopeyas con un trasfondo claro de agresividad. *Glup* es lo primero que se me ocurrió decir pero, en vez de tragar saliva, le sonreí. No fue por simpatía, de modo que tuvo que ser por educación. Ella me escrutó bordando el papel de señorita Rottenmeier y a mí se me subieron los colores como si fuera Heidi. Su cara me recriminaba algo, temí que hubiera escuchado mis pensamientos.

—Señora Merino, ¿verdad?

—Sí —le contesté sin saber qué podía querer de mí.

—Su código lleva más de diez minutos en la pantalla. ¿Lo ve? —Y señaló el panel componiendo con sus dedos la forma de

una pistola a punto de ser disparada—. El doctor San Francisco lleva un buen rato esperándola y no puede seguir perdiendo el tiempo: tiene mucho trabajo, como usted imaginará. Si no se presenta ahora mismo en la consulta, perderá su turno.

Lo que me faltaba era que el tal doctor San Francisco nos recibiera a mí y a mi pobre pierna con una animadversión del todo inmerecida. No había estado tantas horas ahí metida para que, al final, me atendiera un médico con ganas de darme un escarmiento por convertir su tiempo sagrado en un tiempo muerto. Me consolé pensando que, al menos, con ese apellido, el doctor San Francisco sería un experto en abejas y, por extensión, en sus parientes las avispas.

La eficiente señorita Gemma tenía razón: en el panel parpadeaba un EMG1 con tanto empecinamiento que resultaba del todo inverosímil no haberlo visto. Quise subsanar el despiste levantándome a toda prisa de la silla de diseño pero en cuanto planté el pie izquierdo en el suelo, caí de nuevo en ella. Una terrible punzada de dolor me recorrió la pierna y me impidió mantenerme erguida. Tuve solo unos segundos para disfrutar de ese dolor reconfortante que había conseguido dejar apartado, apenas latente, al que sentía en el corazón, mucho más fiero, mucho más indómito y cruel; un dolor con apariencia de animal salvaje que me daba desgarradores bocados en el alma a pesar de tener tras él a un domador.

Después de un autodiagnóstico exprés en el que me pronostiqué la amputación de mi extremidad inferior y la consecución inmediata de una bonita tarjeta de discapacitada física, noté unas manos sujetándome por las axilas, a continuación, un inesperado vuelo rasante y, para terminar, un aterrizaje forzoso en la silla de ruedas. Volví a verme como un títere. Y

ya era la segunda vez que me sucedía en el transcurso eterno de un momento.

A juzgar por lo que acababa de suceder, la señorita Gemma debía de ser un clon de Mewtwo, el pokémon preferido de Lalo al que, unos años atrás, consideraba la criatura más fuerte del mundo. Su opinión cambió cuando conoció a Martín, un niño de su colegio que le doblaba en peso y en mala leche y cuyo pasatiempo preferido era darle empujones para que compartiera con él el bocadillo de Nocilla y las soluciones de los problemas de matemáticas. Ahora, tal vez, le estuviera empujando un monstruo pelirrojo, allá en Irlanda. Mi pequeño Lalo, darle un abrazo, aunque fuera virtual, conseguiría alegrarme uno de los peores días de mi vida. Eso sí que era tener fuerza.

—Utilice los reposapiés, señora Merino, ¿no ve que se va a hacer daño? —me dijo la señorita Gemma, de nuevo con voz de sermón.

Y casi sin darme tiempo a hacerle caso, emprendió una carrera por el pasillo central del hospital con tanta perentoriedad que me dio la sensación de estar huyendo del Armagedón. Las puertas automáticas que se tragaban a los pacientes se abrieron también para mí y para la insensata que pilotaba mi silla de ruedas. Y, ya en el interior, me di cuenta de que la carrera no era para huir del fin del mundo, sino para entrar en él.

## OCHO

ENGAÑAR. Inducir a alguien a tener por cierto lo que no lo es, valiéndose de palabras o de obras aparentes y fingidas. Hay algunas definiciones más para el mismo concepto, pero esta es suficientemente demoledora. Se acabó eso de comparar a Nacho con el Partenón, como solía hacer. Un poco por bromear y otro poco por deformación profesional, me gustaba comparar a mis amigos y a los miembros de mi familia con algún monumento, sobre todo con los encuadrados en el arte clásico greco-romano, mi preferido. Y a él, en algún momento, lo vi así: hermoso, clásico, rotundo, auténtico. El Partenón hecho persona. Me tocaba ahora la labor de rectificar y asociar a Nacho con algo que representara la mentira.

El doctor San Francisco no estaba. Correr para nada. Tan solo por la ilusa razón de llegar antes.

—El doctor estaba esperándola pero, como no venía, ha salido un momento. Al baño. Enseguida vuelve. Espere aquí, por favor.

El que me hablaba era el enfermero que se había hecho cargo de mi silla de ruedas después de la estampida de la señorita Gemma que, apenas entró en la zona de *boxes*, salió de nuevo corriendo de allí, en dirección a su puesto de trabajo. La comprendí. El lado del hospital en el que ella trabajaba era otro claro ejemplo de engaño. La quietud, el orden y la exclusividad que se respiraban a ese lado de las puertas automáticas

eran una especie de trampantojo, un efecto óptico de hospital modélico y avanzado que nada tenía que ver con la realidad que se vivía puertas adentro.

En aquella sala de dimensiones polifémicas, las camillas formaban largas columnas, como si fueran vagones de un tren interminable, una detrás de la otra, casi todas ocupadas por su correspondiente paciente aún sin diagnosticar, en observación o en pleno tratamiento; carritos de medicinas, artilugios con bolsas de antibióticos y de suero colgando, máscaras de oxígeno... Todo convivía en aquel habitáculo con un desorden solo creíble en un hospital de campaña de una aldea perdida, allá lejos, en el Tercer Mundo. Hasta el color naranja de los trajes del personal sanitario había perdido brillo y se mostraba tenue, mortecino. Me quedé quieta frente al *box* número nueve, el que me habían asignado, aunque tuve la precaución de apoyar las manos en las ruedas anoréxicas de la silla, con el fin de estar preparada para salir corriendo cuando, por fin, estallara el caos que se intuía en el ambiente.

Una mujer, a mi espalda, no paraba de decir ¡ay! en distintos tonos de la escala musical, desde el más grave hasta el más estridente. Me alejé mentalmente de los quejidos concentrándome en encontrar el monumento afín a Nacho, una vez que le había despojado de su parecido con el Partenón. Lo encontré antes de que la señora entonara un ¡ay! en si mayor. El Panteón de Agripa. Una edificación que, vista de frente, es rectangular, de potentes líneas rectas pero que, sin embargo, esconde en su interior una *cella* circular, formas sinuosas que el visitante no se espera. Y dentro, tumbas. Nuestro matrimonio estaba a punto de yacer allí, tal vez para él ya llevaba sepultado mucho tiempo. Me pareció un paralelismo perfecto. Ni la picadura de

la avispa ni el escozor de la infidelidad habían mermado mis facultades para el juego. Por suerte, ni un veneno ni el otro habían llegado todavía a nublarne el juicio. Aunque notaba, cada vez con más fuerza, la presencia de la ira apoderándose de mis neuronas, buceando por mis venas.

Nacho, menudo cabrón. Carecer de la ética, la empatía y el respeto necesarios para evitar hacer algo así es mucho peor que el acto en sí mismo. En un momento de ofuscación o de debilidad todos somos capaces de huir, de engañar, de traicionar, e incluso, quizá, hasta de matar. Pero siempre hay algo que nos saca de esa locura efímera y nos devuelve, a tiempo, a la cordura. A un lado, la tentación que nos instiga a dar un primer mordisco y luego, ya puestos, otro, y otro, y otro más. En el lado contrario, la voluntad de dejar intacta la manzana. Un combate desigual del que nunca es fácil salir ileso.

Él se llamaba Guillermo. Un lustro más joven que yo y con unos ojos negros tan dulces como un *donut* de chocolate. Y puedo asegurar que si hay algo que me pierde es un *donut* de chocolate. Llegó al instituto un día del mes de enero de hace dos años para sustituir a Blanca, la profesora de inglés, que estaba de baja por maternidad. Y a punto estuvo de sustituir también a Nacho. El muy canalla se fue a fijar en mí. Debería estar prohibido que un tipo tan atractivo como él saliera de casa y, más aún, que te invitara a comer. Imposible resistirse a un inocente flirteo clandestino. Coquetear es como montar en bicicleta: resulta divertido y, una vez que se aprende, ya nunca se olvida. Me costó muy poco recordar cómo se hacía y me atreví a decirle que sí un par de veces. Ir a comer con un compañero no significa nada, me excusé a mí misma. Lo había hecho mil veces con Leonardo, el viejo profesor de Lengua, y

otras mil con Julia, con Sara, con Javier... Pero con Guillermo yo sabía que era diferente. Para empezar, no se lo dije a Nacho, como si quisiera ocultar algo que ni siquiera existía, como si me sintiera culpable de algo que no había sucedido, al menos más allá de mi imaginación. En la segunda cita, me cogió la mano, me acompañó al coche, me acarició la cara y me besó levemente en el cuello. Fue uno de los besos más excitantes que recuerdo. Le habría correspondido, claro que lo habría hecho, me habría dejado llevar por el instinto o por el deseo, ese impulso que ya tenía casi olvidado. Pero pensé en Nacho. Lo imaginé ajeno a todo, confiado, recordé su olor y su sonrisa, la tranquilidad de una vida sin secretos. Y eso me bastó para apartarme de Guillermo. A partir de ese día, me limité a saludarlo cuando nos cruzábamos por los pasillos del instituto a pesar de que él continuó insistiendo en quedar de nuevo, hasta que, a los cuatro meses, Blanca volvió. Y él desapareció para siempre.

Pero Nacho, por lo visto, no me había imaginado ajena a todo, confiada, no había recordado mi olor, ni mi sonrisa, no había valorado la tranquilidad de una vida sin secretos. Nacho no había hecho nada de eso. El muy cabrón no había tenido ningún reparo en acostarse con Jota. Tal vez se había acostado con todo el abecedario. ¡Yo qué sabía! Toda una vida engañándome, engañándose. Por eso nos llevábamos tan bien, por eso era el hombre perfecto. La amabilidad del que lleva algo oscuro adosado a la conciencia.

Escuché de nuevo un ¡ay! y lo adopté sin dudarlo, como si fuera mío.

## NUEVE

A JUZGAR POR LO QUE HABÍA TARDADO y por la cara de satisfacción que traía, el doctor San Francisco se había empleado a fondo en el baño. Acostumbrado a atender tantas urgencias ajenas, por fin había tenido un rato para atender una propia. Supuse que me estaría agradecido. Me tendió la mano y yo se la estreché con cierta aversión. Después, él mismo, empujando mi silla de ruedas, me condujo al interior del *box* número nueve, una especie de cubículo formado por cuatro biombos en el que se agolpaban una mesa con dos sillas, una a cada lado de la misma, una camilla y un pequeño lavabo. El doctor, que tenía más aspecto de torero retirado que de médico, no dijo nada hasta que se organizó dentro de aquel espacio que resultaba claramente insuficiente para desarrollar cualquier actividad que implicara a un ser pluricelular. Separó una de las sillas para poder colocar la mía junto a la mesa, se sentó enfrente, realizó una serie de movimientos con el ratón del ordenador, buscó, entre un montón, el taco de recetas correspondiente a mi seguro médico y, con todo ya dispuesto, se levantó, pasó con dificultad por el estrecho pasillo que quedaba entre la mesa y el biombo que actuaba de pared y se acercó a mí:

—¿Bueno y qué tal? —me preguntó. Pensé que me había tocado el único médico idiota de todo el universo.

—Miel... quiero decir, bien... —contesté. Él debió pensar

que le había tocado la paciente más idiota de todo el hospital, pero acababa de leer su apellido impreso en la chapa que llevaba prendida a la altura del pecho y mi subconsciente hizo el resto.

—Entonces, señora Merino, ¿qué hace usted aquí? —y se empezó a reír como si hubiera dicho algo gracioso. Debía ser un chiste malo y recurrente que usaba para romper el hielo aunque lo que yo sentí fueron ganas de romperle ese mismo hielo entre el parietal y el esfenoideas. El hambre otra vez y uno de sus efectos colaterales: querer comerse a alguien.

Después de tomarme la tensión, la temperatura y el pelo, por fin, se detuvo en mi pierna.

—¿Desde cuándo tiene esto así?

—La avispa me picó a primera hora de la tarde. Hace más de doce horas. —Me miré la pierna, el doctor la tenía sujeta con las dos manos—. Pero creo que está algo mejor que hace un rato, la noto menos hinchada y ya no me duele tanto —le dije.

—¿Es la primera vez que le pica una avispa?

—Sí, al menos que yo recuerde, no sé, a lo mejor de pequeña...

El doctor San Francisco continuó palpando, presionaba con fuerza en las zonas en las que el edema era más evidente y la piel respondía moviéndose trémula, como si fuera gelatina recién hecha. Después de unos segundos de exploración, volvió por el mismo camino angosto hasta su silla y comenzó a escribir, primero en el ordenador y, después, en una de las hojas del taco de recetas. Tuve que ser yo la que le preguntara por el diagnóstico porque él no tenía la menor intención de revelármelo. El inviolable secreto médico llevado hasta sus últimas consecuencias.

—¿Es algo grave?

El doctor San Francisco dejó el bolígrafo sobre la mesa, entrelazó sus manos y, con la actitud prepotente y desafiante del matador que espera a su víctima a *porta gayola*, se dirigió a mí. Lo hizo con un tono amable que no coincidía en absoluto con su gesto, como si no estuviera hablando él sino un actor de doblaje rematadamente malo.

—No es grave, señora Merino. De momento. Es usted alérgica al veneno de los himenópteros. Y el aguijón, además, le ha producido una infección, tiene unas décimas de fiebre. La mezcla de esas dos circunstancias ha dado como resultado esa reacción, es muy escandalosa pero no se preocupe, se le pasará con antibióticos y antihistamínicos, se trata de una reacción inmunológica. El peligro es que le vuelva a picar, la segunda vez suele ser peor: podría cursar en un fallo sistémico, y eso sería mucho más preocupante. Tenga cuidado.

Lo único que me quedó claro es que me había picado una avispa con el aguijón hecho un asco y que tendría que pasar el verano vestida con una escafandra para evitar que un bicho de mierda me enviara al otro barrio. Lo que no sabía el doctor San Francisco era todo lo que se había desencadenado por culpa de la maldita avispa. De haber tenido noticias de ello, el diagnóstico habría sido de pronóstico reservado, por lo menos. Yo, por supuesto, no estaba dispuesta a pasar por algo igual, temía que con la siguiente picadura pudiera descubrir que Lalo era un terrorista de la Yihad o algo peor, aunque no se me ocurrió nada que superara a esa hipótesis.

Después de extenderme la receta e indicarme la pauta del tratamiento, el doctor San Francisco llamó a una enfermera que, saltándose ¿a la torera? las normas del hospital, llegó al instante y me inyectó las primeras dosis del antihistamínico y del

antibiótico. Luego, ella misma me llevó hasta una réplica cutre del mostrador de recepción, situado en uno de los extremos de la sala, me ayudó a levantarme de la silla y, sin esperar mi conformidad, me alquiló un par de muletas. Naranjas.

No sé si me alegré de que la historia acabara así, de una forma tan desprovista de toda épica. Más de seis horas allí metida para salir por mi propio pie, sin que mi pierna, al final, hubiera estado en peligro de ser amputada, sin que me ingresaran para ser sometida a observación, sin análisis o pruebas adicionales para aclarar dudas o descartar posibles complicaciones... Nada. Tan solo había sido una tontería magnificada. ¿Y si lo de Nacho fuera lo mismo? Me di cuenta de que mi percepción sobre la relación de mi marido con el domador cambiaba con la facilidad con la que se transforma el cuerpo de Renée Zellweger. Tan pronto era una desgracia gordísima como una ligera inconveniencia. Quise volver a verlo así, como una insignificancia, un desliz sin importancia, carente de esa magnitud que yo llevaba toda la noche atribuyéndole, al que era mejor obviar y dejar pasar sin más análisis ni pruebas adicionales, como acababa de hacer el doctor San Francisco conmigo. Exagerar es tan solo una exhibición de vanidad.

Siguiendo la misteriosa manía que tiene la gente de comparar las dimensiones de cualquier lugar con las de un campo de fútbol, calculé que la sala en la que me habían abandonado a mi suerte era el equivalente a un par de ellos, por lo menos. Tener que recorrerme el Bernabéu y el Camp Nou de lado a lado apoyada en esas muletas que acababan de endosarme me pareció un castigo más cruel que cualquiera de las siete plagas del Apocalipsis. Pero lo acepté sin protestar. Comencé a caminar con la dificultad añadida de manejar aquellos palos

diabólicos que se me clavaban en las palmas de las manos, avanzaba con tanta lentitud que me dio tiempo a fijarme detenidamente en las personas que ocupaban cada una de las camillas que se sucedían a mi derecha, expuestas a las miradas de todos, sin ningún tipo de privacidad: una mujer de mediana edad con los dos brazos escayolados, un joven con un golpe en la cabeza, el viejo Miguel, MDT1, también estaba allí, lleno de cables y de bolsas de suero, y LG1, la mujer extranjera conectada a una máquina cuyo monitor mostraba un gráfico con muchos altibajos... Y, casi al final de mi trayecto, cuando ya casi rozaba con la mirada las puertas automáticas, lo vi a él. El joven rubio que había llegado en la ambulancia y al que mi obsesión había convertido en Jota. Me paré sin ningún tipo de disimulo a su lado y lo observé durante unos segundos: no tenía ya ni rastro de esa cianosis que vociferaba la enfermera, ahora estaba pálido y respiraba con dificultad. Su bigote no era extraño ni retorcido; él, definitivamente, no era él. Y eso significaba que yo no podía tener la seguridad de que Nacho, esa noche, estuviera durmiendo solo.

Salí del pabellón de *boxes* con un dominio casi total del arte de andar con muletas y con un profundo sentimiento de simpatía hacia ellas, al fin y al cabo eran la única prueba de que mi paso por el hospital no había sido producto de un capricho de hipocondriaca, sino de algo real. Cuando pasé por delante de la eficiente señorita Gemma, exageré un poco mi cojera para que ese extremo también le quedara claro a ella, y me despedí con un movimiento de cabeza. Pero Gemma, polifacética como era, estaba metida de lleno en el papel del sargento Bevilacqua interrogando a un nuevo paciente y no correspondió a mi saludo. El cartel sobre la puerta indicaba

claramente donde estaba la salida, sin embargo, yo nunca me había sentido tan perdida.

## DIEZ

EN LA CALLE, la primera luz del sol me dio la bienvenida a un día de verano que apenas empezaba a despuntar. Hacía mucho que no veía amanecer y agradecí poder disfrutar de aquel espectáculo teñido de rosa y amarillo. Al fin, un color diferente al insoportable naranja. Un escenario demasiado idílico para representar en él una tragedia: Agamenón y la despechada Clitemnestra en plena crisis pasional. Me acordé de nuestra escapada a Mérida, hacía justo un año, para ver, en su impresionante teatro romano, la versión de Marguerite Yourcenar sobre estos personajes mitológicos, aquella fue una noche mágica en la que nuestro matrimonio todavía no precisaba de una ortodoncia para que cada pieza estuviera colocada en su lugar.

Lo primero que hice fue acercarme a la máquina expendedora de tentempiés y sacar una barra energética de avellanas, muesli y yogur que resultó ser bastante parecida a la comida de Henry y Cayetana, los agapornis de mi madre, pero que devoré como si fuera una ración de jamón 5 ¿Jotas? o, mejor, una ración de jamón a secas que con un Jota ya tenía más que suficiente. Después, me fumé un cigarrillo que me supo a gloria mientras pensaba en la promesa que le había hecho a Nacho de llamarle en cuanto saliera de allí. Pero, qué coño, él también había prometido serme fiel todos los días de su vida y no lo había cumplido, de modo que yo estaba excusada y

liberada de cualquier remordimiento.

Lo cierto es que no me apetecía llamar a Nacho, ni hablar con Nacho, ni darle explicaciones a Nacho, ni escuchar la primera mentira del día de Nacho: buenos días, cariño, te he echado de menos. ¿Sería tan cínico como para decirme eso? Me contesté que sí. Suponiendo que estuviera en casa, estaría durmiendo, eran solo las seis y veinticinco de la mañana y el despertador sonaba a las siete y media. Faltaba más de una hora para que Nacho se levantara y algo más para que se despertara y reparara en mí. Noté, de pronto, el cansancio acumulado durante toda la noche aplastándome como si fuera un elefante cayendo sobre mí a la orden del chasquido del látigo del domador. Me abrumó volver a sentir el mismo regusto amargo que envolvía a todo lo que se me pasaba por la cabeza, como si cada uno de mis pensamientos estuviera sofrito con ajo y me repitiera una y otra vez, y me repitiera una y otra vez, y me repitiera una y otra vez, y me rep...., hasta la arcada o el hastío.

La parada de taxis estaba a menos de diez metros de la puerta de urgencias. Me subí al primero de la fila aunque dentro del vehículo sonaba el último de la ídem. La taxista bajó el volumen de la radio, se giró para mirarme y me mostró una sonrisa acogedora que me hizo sentir razonablemente bien. Era una mujer joven, rubia, cachas y sin bigote. Llevaba una camiseta blanca de tirantes, un piercing en la aleta derecha de la nariz y una pluma inmaterial pero plenamente visible que circunvolaba por todo el coche con el orgullo debido. Ahí estaba mi venganza, pensé, ahora me ligo a la rubia y santas pascuas: empate a uno.

—¿Adónde la llevo, señora? —me preguntó, y con lo de señora me dejó muy claro que me consideraba demasiado

mayor para ella.

—A la cama, por favor.

La chica se inclinó más hacia el asiento trasero, se tocó el *piercing*, se retiró el mechón *amarillocasiblanco* que le caía por la frente y se ajustó el tirante de la camiseta, por ese orden. Después, me recorrió de arriba abajo y me guiñó un ojo.

—Eso está hecho, corazón, pero tendrás que esperar un rato, me quedan casi tres horas de servicio.

—¿Eh? —le pregunté desconcertada. Su respuesta me dejó perpleja durante unos segundos hasta que conseguí relacionarla con lo que yo le había dicho sin darme cuenta. El sueño y de nuevo el subconsciente haciendo de las suyas.

—He dicho a la cama, ¿verdad?, jo, perdona, es que tengo un sueño... —me excusé—. Donde quiero ir es a casa.

—¡Vaya!, perdona tú —me dijo, y quise notar cierta desilusión en sus palabras—. A estas horas, una ya solo dice tonterías. Pero vamos, que yo te hubiera llevado... Y con mucho gusto.

Me hicieron gracia su desinhibición y su naturalidad. Un poco de aire fresco, para variar. Volvió a mirarme de arriba abajo, con los ojos claros muy abiertos deteniéndose con descaro en los puntos más prominentes de mi anatomía y sentí que me estaba desnudando con los ojos.

Así es cómo me desnudaba Nacho. Al principio. Tendrían que someternos a la prueba del carbono-14 para descubrir cuánto tiempo había pasado desde que practicábamos aquellas costumbres ya convertidas en fósiles. En algún lugar de nuestro ADN tenía que permanecer algún átomo de esos orígenes para poder estudiarlo, clonarlo o, al menos, recordarlo como ahora: los ojos le bastaban para quitarme la blusa, la falda, las medias, el sujetador, el tanga... Una mirada y no había prenda

que permaneciera un minuto en su lugar, todas se apresuraban a caer rendidas al calor de sus pupilas dilatadas. Y era mejor así, porque en ese justo momento a mí me sobraba todo: la blusa, la falda, las medias, el sujetador, el tanga... Y lo único que soportaba en contacto con mi piel era su cuerpo. Después, cuando la pasión inicial extendió sus alas y se largó sin despedirse a desordenar otras vidas, Nacho no tuvo más remedio que comenzar a desvestirme con las manos, un método mucho más prosaico e, indiscutiblemente, menos romántico. Y ya, al final, ni con los ojos, ni con las manos. Aquello se convirtió en un *selfservice*. Desnúdese usted misma. De un amor artesanal en el que cada encuentro era especial y diferente, a un amor industrializado, fabricado en serie, donde cada uno sabía el movimiento que debía realizar, una coreografía bien aprendida en la que nada podía sorprender y en la que nada podía fallar.

No me habían importado estos cambios, tan humanos y tan comunes, que se habían producido en nuestra relación. Me bastaba con lo que tenía para sentirme bien. Era ahora cuando me estaba dando cuenta de que me bastaba porque ni siquiera me había parado a cuestionármelo, porque las cosas son como son y es mejor no buscar explicaciones. Ahora Nacho desnudaba con los ojos al domador. Y eso me hacía rugir de rabia.

La taxista seguía mirándome esperando algo de mí: supuse que una respuesta.

—¿Y dónde está tu casa, corazón?

Mis reflejos andaban como yo: lentos y cojeando.

—Ah, sí, claro... Urbanización El Lago, calle ocho. ¿La conoces? Está cerquita.

—¡Guau, menudo sitio para vivir! Me encanta ese lugar, cuando me toque la lotería quiero ser tu vecina. Voy a veces a

El Lago, tengo una amiga allí: Rocío, se llama Rocío. Esa *urba* no es muy grande, lo mismo hasta la conoces.

La chica puso en marcha el taxímetro y arrancó como si fuera Paul Walter en *Fast & Furious*; yo me espabilé de repente a pesar de que mis párpados se negaban a permanecer levantados.

—Uf, no creo, habrá un montón de *rocíos* —le contesté.

Ella me contempló sonriente a través del espejo retrovisor y me contestó justo lo que yo no quería oír:

—Puede que sí, pero *mi* Rocío es inconfundible: tiene una melena pelirroja que llama mucho la atención. Y te voy a contar un secreto: esa Rociíto me tiene loca, *encoñá* estoy con ella, pero ya ves, corazón, la *jodía* es dura de pelar, solo quedamos una vez al mes, como mucho dos... Dice que no quiere relaciones serias ni excluyentes, creo que es porque un tío la dejó tirada... Ya le he dicho yo que de los tíos es mejor no fiarse...

Mientras hablaba sin parar de *su* Rocío que también era *mi* Rocío, dejé que los párpados se salieran con la suya y se quedaran cerrados por tiempo indefinido. No quería abrir los ojos a esta nueva revelación. ¿Qué pasaba hoy con todo el mundo? Primero Nacho, ahora mi mejor amiga, solo faltaba que mi madre tuviera un lío con la tendera del puesto de frutas del mercado. El país entero estaba inmerso en una oleada de relaciones gais y yo seguía sin entender por qué nadie me quería contar nada. Prefería estar avisada. Una mirada más de la taxista, y yo misma estaría dispuesta a seguir esa tendencia.

Que Nacho no lo confesara tenía su explicación, pero a lo de Rocío no le encontraba ninguna lógica: siempre nos lo habíamos contado todo, hasta los detalles más íntimos —varias candidiasis, un aborto provocado, la detención de su hermano

por tráfico de cannabis, sus reiteradas trampas en la declaración de la renta— y, por tanto, no veía ninguna razón para que me ocultara algo así. Ella sabía, ¿lo sabía?, que yo no tenía prejuicios de ese tipo y que me parecía bien que se acostara con quien le saliera del coño —como diría ella— siempre que el chino, el africano, el casado o la taxista de turno no se inmiscuyera en nuestra sagrada tarde de tortitas con nata de los jueves, tan rebosante de calorías y de confidencias. Empezaba a dudar de todo lo que estaba pasando, aquello era un atracón de historias descabelladas. La tentación de manipular la realidad para hacerla verosímil.

Cruzamos la barrera de seguridad de la urbanización; el badén de la calzada, tomado a más velocidad de la permitida, me hizo dar un bote que sacudió mi columna y mis intenciones. La chica volvió a mirar por el retrovisor, pero esta vez no me desnudó.

—La calle ocho es la que sale a la derecha del club social, ¿verdad?

—Sí, sí, esa es la ocho. Pero ahora quiero que me lleves a la tres —le dije antes incluso de saber que iba a decírselo. Se me ocurrió de pronto: Rocío se levantaba muy temprano para acudir a su entrenamiento diario en el gimnasio antes de ir a trabajar. Tan disciplinada para todo menos para el amor. Eran las siete menos veinte y, con seguridad, estaría ya desayunando. Estaba decidida a dejarla sin bicicleta elíptica, plataforma vibratoria, banco de abdominales y demás aparatos para masoquistas y obligarla a contarme todo lo que me adeudaba que, visto lo visto, debía de ser mucho e interesante. Aunque yo sospeché enseguida que lo que más me interesara de todo ello era la oportunidad que me daba de retrasar mi encuentro con

Nacho. La costumbre de procrastinar para eludir lo inevitable.

—Lo que tú digas, corazón, como si quieres que te lleve al primer sitio que me dijiste, no hay problema... —Se volvió hacia atrás para comprobar que no estaba de broma—. Lo dices en serio, ¿no? Lo de la calle tres, digo.

—Totalmente —contesté y le dediqué una sonrisa adolescente, mitad ingenua, mitad provocadora. Sus labios, gruesos y pintados con un *gloss* en tono coral casi transparente, me parecieron apetecibles. Noté que estaba sudando. Y no era solo de calor.

El taxi paró junto al adosado, y aparcó milimétricamente entre la puerta del garaje de Rocío y la de su vecino, como si el vehículo también hubiera reconocido el lugar.

—Así que la conoces, ¿eh? —dedujo la taxista.

—Dime cuánto te debo —le dije, no era necesario contestar a una pregunta retórica.

La chica miró el taxímetro y me transmitió el importe que marcaba el panel iluminado en rojo, ¿rojo pasión?, se bajó del vehículo y me abrió la puerta.

—La señora ha llegado a su destino —bromeó haciendo una reverencia y cogiéndome la mano para ayudarme a salir—. ¡Coño, pero si llevas muletas!

Ella acababa de darse cuenta y yo casi lo había olvidado. Me mire la pierna y me sorprendí al ver que la inflamación había bajado de forma considerable y que la planta del pie había abandonado su condición de balancín. Apoyé con precaución el pie en el suelo y me alegré al comprobar que podía hacerlo; cargué el peso sobre él y di un par de pasos sin ayuda de las muletas, noté una pequeña punzada de dolor pero era algo soportable, las inyecciones estaban empezando a surtir efecto.

Sentí el impulso de ponerme a bailar para demostrar mi alegría, pero me abstuve, a cambio, me apoye de nuevo en las muletas para no entorpecer mi recuperación.

Había pulsado ya el botón del portero automático cuando escuché su pregunta:

—Oye, pero ¿sois amigas-amigas o...?

—Descuida, nuestro amor es como el de Cástor y Pólux  
—le contesté.

Ella se encogió de hombros y, antes de meterse en el coche y salir derrapando, me gritó:

—Bueno, corazón, seáis lo que seáis, dale un beso de mi parte.

## ONCE

SIEMPRE ME CONSIDERÉ UNA MUJER DIFÍCIL DE ALTERAR. Mi temple y mi aguante estaban tan probados o más que los de Job, fue una de las pocas cosas buenas que saqué de los años en los que compartí piso de estudiante con seis compañeras más: la aficionada a la ginebra, la mandona, la pusilánime, la obsesionada por la limpieza, la amante de la suciedad y la llorona. Semejante experiencia podía haber desquiciado a cualquiera pero mi espíritu de supervivencia me hizo evolucionar y conseguí ser inmune a casi todo. Por eso ahora me extrañaba mi impaciencia y mi irascibilidad: había pulsado ya tres veces el botón del portero automático aunque apenas había dejado el tiempo necesario para que Rocío contestara a la llamada y, además, tenía unas ganas irrefrenables de echarle una bronca de madre a mi amiga. La avispa y el domador estaban demoliendo hasta los cimientos más profundos de mi personalidad.

Escuché un «¿quién es?» al que solo le faltaba una sirena para ser una voz de alarma. El miedo irracional a las situaciones que no suceden cada día: recibir una visita al amanecer no resulta tan habitual como la llamada de una operadora de *Jazztel* a la hora de la siesta.

—Soy yo: Emi. Ábreme, corre —dije con la premura del que necesita ir con urgencia al baño. Y yo, en efecto, lo necesitaba.

—¿Pero qué haces tú aquí a estas horas?

Rocío no entendía mi visita, pero no era cuestión de que yo se la justificara a través del intercomunicador.

—¡Venga, Ro, abre que me estoy meando!

Le debió parecer una explicación válida porque al instante escuché el zumbido que me permitió abrir la verja del pequeño jardín por el que se accedía a la casa. Medio escondida detrás de la puerta entreabierta, me estaba esperando Rocío. Mazinger, su *yorkshire*, salió corriendo hacia mí dispuesto, como siempre, a saludarme mordéndome los tobillos. Normalmente le dejaba hacer, sus mordiscos solo hacían cosquillas, pero esta vez me dio miedo que me hiciera daño en la pierna todavía hinchada y le grite un ¡no! que lo asustó y con el que conseguí que renunciara a sus propósitos y volviera junto a su dueña. Tendría que haberle gritado a Nacho un ¡no! igual de energético para que él también renunciara a sus propósitos y se quedara quieto, a mi lado, sin tener la necesidad de ir por ahí clavando los dientes en tobillos ajenos o en cualquier otra parte del cuerpo susceptible de ser mordisqueada. Daba igual porque, en cualquier caso, pensé, eso sería exigirle a un hombre parecerse a un perro y los perros, eso es algo incuestionable, tienen mucho más desarrollado el sentido de la lealtad.

Rocío salió de detrás de la puerta con un camisón blanco, minúsculo, y su melena pelirroja envuelta en una toalla; sin su pelo, Rocío era como Sansón: perdía toda la fuerza; cogió en brazos a Mazinger, que parecía llorar, y se me quedó mirando como si estuviera entrando Cruella de Vil decidida a despellejar al chuchó. No le preocupó que yo anduviera apoyada en las muletas.

—¿Pero qué haces? Lo has asustado —me recriminó, y

luego, cambiando por completo el tono de voz, se dirigió a Mazinger—: mi amor, la tía Emi es mala, ¿verdad? Tranquilo, Maz, anda, entra en casita...

El *yorkshire* huyó hacia el interior de la casa, lejos de la peligrosa "tía Emi" y Rocío se quedó en la puerta, observándome sin decir nada hasta que, por fin, logró desatascar la garganta y el paso quedó libre para que salieran todas las palabras al mismo tiempo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué vas con muletas? ¡Ostras!, ¿y esa pierna? ¿Has oído mis mensajes? Por eso has venido, ¿no?

Pasé por delante de ella sin contestar y fui directa al cuarto de baño. Minutos después, salí con la convicción de haber descubierto un dato relevante para la ciencia: la rabia es diurética.

Rocío estaba en la cocina preparando café, apoyé las muletas en la encimera, me senté en uno de los taburetes, junto a la ventana, y le conté, sin muchos detalles, el porqué de mi pierna color burdeos. Saciada su curiosidad primigenia, era hora de satisfacer la mía:

—Me ha traído una taxista que te conoce. Me ha pedido que te de un beso de su parte —le dije para ver cuál era su reacción.

—¿Una taxista? —preguntó—. Ah, pues será Angie.

—No sé su nombre, es rubia y lleva un pendiente en la nariz —le expliqué, aunque supuse que no necesitaba muchas pistas.

—Sí, es Angie, ¿y qué más te ha dicho? —Rocío se sentó en otro taburete, frente a mí, y removió su café con parsimonia.

—Que le gusta follar contigo.

Rocío me miró a los ojos, como desafiante, y me lanzó una contestación que pretendía ser un *crochet* lanzado con

fuerza a la mandíbula.

—Y a mí con ella, ¿algún problema? —Rocío se había dado cuenta de que la conversación no se estaba desarrollando en un tono amable, así que se puso a la defensiva.

—Es que no entiendo por qué te lo tenías tan callado, la verdad —le recriminé.

—Oye, si has venido a echarme la bronca, puedes ahorrártela. Pareces mi madre... o, peor aún, mi marido. Y no tengo ni una cosa ni la otra así que hago lo que me sale del coño. ¿Qué pasa, que estás celosa?

Esa era una buena pregunta. Yo nunca había sido celosa, por lo menos hasta ahora. Nunca había tenido motivos para ello. Pero parecía que los celos, por fin, se habían cansado de permanecer ocultos y ahora eran capaces de materializarse en todos los rincones de mi vida: en el amor, en la amistad y quién sabe en qué lugares más. Seguí intentando noquearla.

—Esa Angie tiene más edad de ser la novia de Lalo que la tuya —No exageraré nada—. Parece tu hija.

—Angie tiene veintidós años, sabe muy bien lo que hace y te puedo asegurar que lo tiene todo mucho más claro que tú y que yo juntas.

—¿Ah, sí? ¿Todo-todo? —pregunté irónica, con la intención de cambiar el cariz belicoso de nuestra conversación. Ella tenía razón. Me estaba dando cuenta de que Rocío no tenía por qué darme el parte de sus actividades diarias y de que yo no era nadie para reprocharle algo que en realidad no me incumbía. Lo cierto era que una charla muy parecida a la que estaba teniendo con Rocío debería estar teniéndola, en ese mismo momento, con Nacho, pero con él me jugaba mucho más que con ella. La cobardía de apostar cuando se

tiene tanto que perder.

Rocío captó enseguida la doble intención de mi pregunta que llevaba una bandera blanca ondeando junto al signo de interrogación.

—¡Ya te digo! ¡Todo-todo, también eso que estás pensando! Es rubia natural —me contestó riéndose con ganas—. ¡Eres una guarra!

Mazinger salió de su escondite secreto y entró en la cocina ladrando de alegría, como si nuestro tono, de nuevo distendido y fraternal como solía ser, oliera a irresistibles salchichas de Fráncfurt . Rocío lo cogió en brazos y a continuación, en agradecimiento por mi repentino cambio de actitud, me regaló algunas confidencias sobre cómo se conocieron, el tiempo que llevaba viéndola y las fabulosas habilidades de Angie en la cama. Me lo contó con entusiasmo e intuí que detrás de su frívola exposición de los hechos, guardaba unos sentimientos más profundos que todavía no se atrevía a exhibir: una cosa era acostarse con una mujer, algo que podía quedar de lo más *cool*, y otra, muy distinta, enamorarse de ella.

—Pero bueno, ya vale de detalles morbosos, que te estás poniendo cachonda, y te advierto que en mi cama no admito tríos —dijo bromeando pero dispuesta a zanjar el tema—. Vamos a lo que importa: ayer te llamé doscientas veces, habrás oído mis mensajes, ¿no?

Yo no había oído ningún mensaje, ni sabía que Rocío había estado intentando localizarme. También ignoraba la razón por la que lo había hecho. Le expliqué que mi móvil había perecido ahogado en la piscina mientras hablaba con Ramiro, justo en el momento en el que me picó la avispa. Por primera vez en mucho tiempo, no se sobresaltó al escuchar el

nombre de su ex.

—Ramiro me llamó ayer, me contó que te había pasado algo mientras hablabas con él. Escuchó un grito tuyo y luego la llamada se cortó. Te volvió a llamar varias veces, pero nada. Estaba preocupado, imagínate cuánto para acudir a mí. Me localizó ya por la noche y es cuando empecé a llamarte yo: el móvil estaba fuera de servicio y en casa no había nadie.

Me resultó extraño tanta preocupación y tanto jaleo, al fin y al cabo Ramiro y yo no teníamos ya una relación estrecha y no venía a cuento que tuviera tanta premura por hablar conmigo.

—¿Y te dijo qué quería de mí?

—Al principio solo me preguntó por ti y sobre todo por cómo estabas con Nacho, si os iba bien. Yo le dije que sí, que estabais bien, como siempre, ¿o no? —se interrumpió a sí misma para hacerme esa pregunta llena de dudas que pedía a gritos una contestación. Pero yo solo pude mentir. No me sentía con fuerza para contarle todo lo que estaba aconteciendo en mi vida, en la vida de Nacho, en nuestra vida. Todavía no podía hacerlo.

—Claro, estamos bien, sin novedad —le dije—. ¿Y por qué tanto interés?

—Pues es que después me contó una historia que a mí también me dejó preocupada, pero solo al principio porque sabiendo lo gilipollas que está Ramiro últimamente, supuse que era una chorrada más de las suyas.

Me preparé para escuchar ese tipo de cosas que son incómodas de saber. Imaginé que Ramiro había pillado a Nacho con el domador en algún lugar, quizá en actitud cariñosa, imaginé que alguien le había hablado de las aventuras extraconyugales de Nacho o que él mismo se lo había contado. La necesidad de

proclamar la felicidad para hacerla más tangible. Y me preparé también para hacerme la sorprendida o la incrédula cuando Rocío soltara por fin la bomba que estaba a punto de explotar y cuya onda expansiva, sin duda, me iba a pillar de lleno. No quería ni pensar que yo hubiera sido la última en enterarme de la infidelidad de Nacho. Pero acepté que, en estos casos, eso ocurría con frecuencia.

Me aferré a la taza de café, ya vacía, y esperé, con una inquietud desmedida a la que preferí llamar curiosidad, a que Rocío continuara hablando. Mazinger me dio un lametón en la mano como queriéndome mostrar su apoyo y yo premié su gesto ofreciéndole un diminuto trozo de galleta que quedaba sobre un plato.

—Ayer por la mañana, Nacho fue a visitar a Ramiro a la finca.

Así es como comenzó Rocío a contarme una historia que podía ser tan importante o tan insignificante como yo quisiera que fuese. Al menos no tuve que fingir sorpresa porque la sorpresa fue real. Y, por suerte, lo sucedido tampoco me señaló como una cornuda cándida y patética.

Nacho apareció en casa de Ramiro por la mañana, justificó su presencia en el reino de las garrapatas —así lo definió Rocío— porque, según le contó, había estado visitando a un cliente que tenía muy cerca de allí y, como la reunión fue más breve de lo esperado, decidió desviarse un momento para ir a verlo. Falso o verdadero. Eso fue algo que no supimos valorar. Pero yo enseguida cambié el concepto cliente por el de casa rural y supuse que ese escenario bucólico de la foto de mi marido con el domador podía estar cerca de la finca de Ramiro y ser su lugar de encuentro habitual. Nacho estuvo

en la finca algo más de media hora y, al parecer, no hablaron de nada importante: de la cría de podencos, del viaje a Irlanda de Lalo, de los amigos comunes, del tiempo... Sobre la una y cuarto se despidieron con un abrazo y la promesa de verse más a menudo.

Rocío se paró cuando llegó a ese punto de la historia como si aquello que me estaba contado fuera el viaje de Ulises, pero yo no encontré la forma de bosquejar siquiera un final que explicara tanta preocupación. Supuse que la odisea estaba por venir pero ¿cuándo?, ellos se habían despedido, Nacho estaba marchándose ya y todavía no había pasado nada extraordinario. ¿La foto de la discordia o una parecida cayéndose accidentalmente del bolsillo de la chaqueta de Nacho? ¿Nacho declarándose a Ramiro? ¿El domador saliendo del maletero del coche en tanga de piel de leopardo? Era necesario ser muy imaginativo para pergeñar una última escena asombrosa en ese episodio tan escaso de interés. Rocío me sirvió otro café y yo le pedí permiso para fumarme un cigarrillo en la cocina, permiso que, como acostumbraba a hacer, me denegó.

—Bueno, ¿y dónde está la gracia de todo eso? No se la encuentro —protesté.

—No, si gracia no tiene ninguna. El histérico de Ramiro que se obsesiona con cualquier idiotez —me dijo sacudiéndose de encima la responsabilidad de haberle dado tanta importancia a lo que le faltaba por contarme.

—Joder, Ro, sigue y vete al grano ya de una santa vez, que me quiero ir a dormir.

Supé que lo de dormir no iba a ser tan sencillo en cuanto Rocío me descubrió por fin el desenlace de la historia: según me contó, Nacho se fue andando hasta la puerta de la finca, a

unos doscientos metros de la casa; al parecer, había dejado allí el coche porque el camino estaba lleno de baches.

—Y justo antes de entrar en el coche, se entretuvo cogiendo unas flores; Ramiro lo vio perfectamente desde el porche de su casa —lo dijo como si aquel fuera el acto más abyecto que pudiera realizar un ser humano.

—Venga ya, tú me estás tomando el pelo, ¿no? ¿Qué tiene eso de malo? —Me estaba empezando a desesperar tanto rodeo.

—Que no, Emi, que no te tomo el pelo, va en serio. Ramiro me explicó que es una planta que tiene unas flores de color púrpura que parecen campanitas, dice que es preciosa..., pero muy venenosa, mortal. Y hasta me dijo cómo se llama, ahora no me acuerdo... Hum, bueno da igual, lo tengo por ahí apuntado.

Excusé a Nacho argumentando que, si cogió esas flores, fue porque le gustaron y que era del todo imposible que supiera si eran o no venenosas porque él no tenía ni idea de plantas aparte de las que tenía en el jardín, y que igual que había cogido unas campanitas de esas, podía haber cogido unas margaritas silvestres o unas ortigas. Defender al culpable para tranquilizarme a mí misma.

Le di la razón a Rocío sobre las obsesiones absurdas de su ex y me levanté del taburete dispuesta a irme a casa y dormir un rato para despertar de esa pesadilla.

—¿No pensarás en serio que Nacho quiere envenenar a alguien, a mí, por ejemplo? —le dije a punto ya de marcharme—. Estáis locos, ¿por qué iba a querer hacer algo así?

—¡Y yo qué coño sé!, pero Ramiro dice que nadie coge esa planta si no es para..., para eso. Ten cuidado, por si acaso.

## DOCE

SI LA DESOLACIÓN TIENE GRADOS, yo acababa de acceder al escalafón más alto de la jerarquía. Desahuciados, pobres, ignorantes, desgraciados..., todos, sin excepción, se tendrían que cuadrar delante de mí. Ahora que por fin podía andar con paso firme y mi pierna comenzaba a parecer una extremidad perteneciente a un individuo de nuestra especie, notaba cómo mi vida se tambaleaba y amenazaba con derrumbarse. Escombros irreconocibles de una mujer feliz. La misma mujer feliz que era yo hacía solo unas horas. Llevaba muchos años siéndolo o, al menos, creyendo que lo era y, de pronto, tenía que aceptar que no, que todo había sido un espejismo, un decorado hecho de artificios, la caricatura de una tira cómica de la que es fácil reírse.

Pasar del sí al no, del éxito al fracaso, de ganar a perder, de amar a odiar, y hacerlo sin que medie una mínima rampa que atenúe la caída en picado y nos prepare para la catástrofe. Algo así no podía estar ocurriéndome a mí. Estar en el cielo y, en un instante, situarme en ese lugar inhóspito que está justo enfrente, pero mucho más al sur. El vértigo del fracaso es un vértigo extraño: en ese momento, yo hubiera podido caminar sobre la barandilla del último piso del Rockefeller Center o saltar encima de un puente tibetano y no habría experimentado el mareo y la inseguridad que me producía todo aquello. Estaba perdiendo el equilibrio, como si fuera una funambulista a la que

le cortan el cable por el que camina y cae, sin remedio, al vacío.

Noté el calor, aún desapasionado, de una mañana que agoraba un día tórrido. Igual que todos los caminos conducen a Roma, a mí todas las palabras me trasladaban al mismo lugar: Nacho y su traición. ¿Sería tórrido su amor por Jota? Tenía que serlo para estar a punto de dismantelar nuestro matrimonio sin el menor signo de arrepentimiento o de aflicción, como el que abandona una casa que se le ha quedado pequeña para estrenar otra mejor. La mudanza de Nacho no tardaría mucho en producirse y lo único que me iba a dejar eran unos cuantos recuerdos que solo alcanzarían algún valor subastándolos como si fueran antigüedades: primera noche de amor de finales del siglo XX, policromada, con certificado de autenticidad; lote de tres momentos inolvidables, casi a estrenar, perteneciente a colección privada; un beso largo, de estilo *vintage*, sin restaurar... A la una, a las dos, a las tres..., ¿alguien da más? Un amor tibio no tiene el poder de liquidar tantos años de relación.

Pensar en lo que me acababa de contar Rocío era como derramar vinagre en una herida abierta. El escozor atroz que sentía no se aliviaba con ninguna de las interpretaciones que barajé sobre el hecho fútil o demoledor, aún no sabía qué adjetivo elegir, de un acto tan ingenuo como coger un ramo de flores en el campo. Si Nacho conocía las propiedades de aquellas flores y había ido a buscarlas a propósito, entonces eran para mí. Si, por el contrario, las había cogido solo porque sí, porque le parecieron bonitas, entonces las flores eran para Jota. No me asustó una posibilidad más que la otra porque en realidad eran dos formas idénticamente diferentes de acabar conmigo.

Me costó imaginar a Nacho planeando mi muerte y, aún más, regalando un ramo de flores al domador, pero también era

difícil imaginar la forma circular del Panteón de Agripa desde su sobrio pórtico rectangular y, sin embargo, era real; meforcé a esbozar ambos momentos en un acceso de masoquismo o en un intento de amasar todas las razones posibles para condenar a Nacho definitivamente y enterrar cualquier atisbo de amor bajo la tupida capa de la decepción.

Bajé por la calle tres en dirección a casa a paso muy lento, eran ya las ocho menos veinte de la mañana y comenzaba a verse actividad en la urbanización. Varias cuadrillas de jardineros recortaban setos recortados dos días antes, segaban el césped recién segado y regaban arriates sobradamente mojados. Los coches de alta gama, la mayoría *todoterreno* vírgenes de aventuras, salían de los garajes marcha atrás y se incorporaban a la vía sin estridencias, había tres o cuatro vecinos corriendo con sus trajes de *jogging* impecables como si fueran modelos de una prestigiosa marca de ropa deportiva, y algunos madrugadores entusiastas iban en busca de las primeras *baguettes* horneadas en la panadería. Todos moviéndose como a cámara lenta para que a cualquiera, incluso al menos observador, le diera tiempo a fijarse en su vida idílica. Pobres incautos: también ellos creían ser felices, incapaces de presentir que todo puede cambiar, no solo con el simple aleteo de una mariposa como dice el proverbio chino, sino también con la ridícula y fortuita picadura de una avispa.

Calculé que Nacho ya estaría levantado, duchado e incluso despierto y me extrañó que aún no me hubiera llamado para preguntarme cómo iba la cosa; aunque estuviera planeando envenenarme, seguro que su buena educación le obligaría a ser cortés hasta el último momento. Saqué el móvil del bolso para confirmar que no había ninguna llamada perdida y comprobé

que se había agotado la batería. Me alegré de que fuera así: no me apetecía saludar a Nacho, ni hablar con Nacho, ni pedir explicaciones a Nacho, ni tampoco escuchar las frases hechas del que todavía era mi marido y aspiraba a ser, además, mi asesino.

Estaba a menos de trescientos metros de casa, podía ver ya, al fondo, el principio de mi calle, justo donde terminaban los adosados y comenzaban las casas unifamiliares, la zona más lujosa de la lujosa urbanización El Lago. Allí llevábamos viviendo desde el nacimiento de Lalo y yo todavía no le había cogido el gusto a ese lugar tan exasperadamente tranquilo: continuaba echando de menos el vívido caos del centro. Me senté en un banco a hacer tiempo. Ahora que sabía todos esos detalles sobre Nacho, esos que habían sustituido a lo que, hasta entonces, yo le tenía asignados, me resultaba desagradable la idea de estar a su lado respirando el mismo aire, de modo que decidí esperar a que fueran las ocho de la mañana. A esa hora, Nacho ya no estaría en casa y yo podría entrar sin darme de bruces con su mirada.

El morbo del ser humano es infinito y sus caminos son inescrutables, quizá por eso no tuve ningún reparo en inventariar, uno a uno, los efectos que podría causar mi muerte. Naturalmente no me iba a dejar envenenar y menos ahora que estaba avisada, pero yo sabía que Nacho era un hombre emprendedor, perseverante y acostumbrado a salirse siempre con la suya, por lo tanto, si lo de la planta de flores púrpura no le daba resultado, yo no tenía ninguna duda de que recurriría a otros métodos menos melifluos: la caseta del jardín estaba bien surtida de herramientas que parecían fabricadas para ese tipo de menesteres macabros.

Empecé a elaborar la lista, de menor a mayor trascendencia,

y me deprimió comprobar lo reducida que era. Todos deberíamos hacer una lista como esa alguna vez para inocularnos un poco de humildad.

- El domador se iría a vivir con Nacho a casa y usurparía mi cama, mi lado del sofá y quién sabe si hasta mi intocable taza del desayuno.

- Nacho se saldría con la suya una vez más. Eso me irritaba mucho más que lo primero.

- Rocío no volvería a comer tortitas con nata y borraría los jueves del calendario. Angie tendría que recurrir a sus fantásticas habilidades para consolarla.

- Con suerte, tarde o temprano, Nacho sería acusado de asesinato y acabaría en la cárcel aunque, sin duda, él tendría una buena colección de coartadas minuciosamente fabricadas y preparadas para la ocasión.

- Mi madre no podría superarlo y se le volvería a caer el pelo a puñados como le pasó cuando murió mi padre. Además, le resultaría traumático descubrir que la persona elegida por Nacho para sustituirme, llevaba bigote. Nacho para ella era un dios y no tendría más remedio que expulsarle del Olimpo.

- Mi pequeño Lalo se quedaría solo: su madre muerta y su padre consagrado al domador o en la cárcel, un panorama desolador para un niño tan sensible. Me constaba que yo era la persona a la que más quería en el mundo, estábamos tan unidos, dependíamos tanto el uno del otro, que le sería muy difícil, imposible, vivir sin mí.

Aunque de momento tuvieran la consistencia etérea de una premonición, me dolieron las lágrimas sin consuelo de mi hijo y su tristeza, tan profunda que tal vez llegaría a engarzarse en su alma para siempre; Lalo dejaría de reír, de jugar, de ser un

buen estudiante, se convertiría en un niño desgraciado, en un joven amargado, en un delincuente sin valores, en un adulto marginado y resentido. Y yo no podía dejarle en herencia ese destino.

Cogí las muletas, que ya eran un estorbo más que una ayuda, y comencé a andar hacia mi casa, primero despacio, después más deprisa, cada vez más deprisa, como si algo o alguien estuviera empujándome con fuerza: la voluntad debía de ser, porque yo acababa de tomar la decisión de detener mi desidia y hacer algo, lo que fuera, para desbaratar los planes que Nacho tenía para él mismo, para mí, para nuestro hijo. El calcetín que cubría mi pie izquierdo se rompió por el roce persistente y violento con la acera. Mi vida amenazaba con romperse de un momento a otro.

## TRECE

PARA GANAR EN CUALQUIER DISCIPLINA es preciso entrenar, prepararse para ello, repetir el mismo ejercicio una y otra vez, sin desfallecer, y conseguir el fondo y la musculatura necesarias para soportar la presión y obviar el cansancio y el esfuerzo. Pero yo no estaba ejercitada para ello, ni siquiera tenía afición, para mí discutir era como correr la maratón de Nueva York. No lo había practicado nunca, no conocía las reglas, no tenía la técnica ni la equipación adecuadas para hacerlo: levantar el tono de la voz, argumentar a gritos, dar un puñetazo en la mesa o un portazo en el momento oportuno, amenazar, elegir bien el insulto, lanzar la frase que hiera, mantenerse fuerte, despiadado, frío y crepitante al mismo tiempo, indiferente... No tenía nada que ganar discutiendo con Nacho, de modo que renuncié a la idea loca de entrar en casa y provocar una absurda pelea dialéctica. ¿Para qué? Ya estaba todo dicho. La pereza de hablarle a quien no escucha. Como acostumbrábamos a hacer, renunciar a dar detalles, a explicar, a contar algún suceso anodino o insustancial. De nuevo, ¿para qué?

*¿Qué te ha dicho tu hermana?/ Nada./ Has estado hablando con ella veinte minutos./ Ya, pero de nada interesante.//*

*¿Qué tal hoy el partido?/ Bah, como siempre./ ¿Os habéis tomado algo después?/ Una caña.//*

Una, aunque hubieran sido cinco, el caso era minimizarlo todo, quitarle interés, convertirlo en sucesos invisibles conven-

cidos de que no es práctico ni factible ahondar en lo superficial y sin saber si la suma de muchas omisiones pequeñas dan como resultado una omisión abismal e inabarcable.

*¿Te has encontrado a alguien en el súper?/ No.//*

Aunque la respuesta correcta fuera sí, a Eva, mi compañera de Pilates, o a Juana, la limpiadora del instituto, o a Paco, el del banco... Mil veces, ¿para qué? No merecía la pena perder el tiempo en banalidades que nada aportaban a nuestra vida, a la de nadie en realidad. Ahorrar palabras y derrochar hipótesis.

Eran las ocho menos cinco de la mañana; según los inflexibles horarios de Nacho, debía de estar ya con la chaqueta puesta y a punto de salir para la oficina. Sin embargo, no fue Nacho el que me saludó apenas puse un pie, el izquierdo, en el interior de mi casa: el que me dio la bienvenida fue un jarrón de cristal sobre la consola del recibidor, un jarrón que exhibía un ramo de flores preciosas, de color púrpura, que parecían estar colocadas siguiendo las directrices del arte del ikebana y que daban la sensación de ser inofensivas aunque Ramiro afirmara lo contrario. No pude precisar si ya estaban ahí cuando salí por la noche hacia el hospital. Si estaban, no reparé en ellas.

No había restos del desayuno de Nacho en la cocina y las persianas del salón estaban bajadas. O todavía seguía en la cama o había dormido fuera de casa. Pulsé el interruptor de las persianas e inmediatamente el sol entró a bocajarro sacando de la invisibilidad a miles de partículas de polvo cernidas en el aire. Coloqué las muletas encima del sofá y subí hacia el dormitorio. Al final de la escalera oí la voz de Nacho, pero solo conseguí escuchar sus últimas palabras:

—Vale, te dejo, Emi acaba de llegar —Nacho otra vez disimulando, evitando que le pillara hablando con su interlo-

cutor secreto, esquivando a la evidencia.

—Buenos días, cariño, no sabes cómo te he echado de menos —me dijo, o imaginé que me dijo, sin apartarse ni una sílaba de un guion manoseado y recurrente que ya no producía ningún efecto, como si hubiera sido pronunciado por la grabación robótica de un servicio telefónico de atención al cliente. Su cinismo y un beso leve en la mejilla me revolviéron el estómago.

—¿Por qué no me has llamado? —me preguntó.

Si se empeñaba en continuar con esa actitud, tal vez lo mejor sería proponerle un pacto de ficciones: yo accedía a fingir que todo iba bien y él hacía su papel preferido, el de marido ideal; tenía que admitir que esas clases de interpretación a las que acudía cada semana, le habían convertido en el actor revelación del año. Me gustó la idea, era la mejor que había tenido en las últimas horas: un pacto de ficciones civilizado y consentido nos permitiría continuar como hasta ahora, sin renunciar a insondables vidas paralelas ni a deseos quiméricos de comodidad emocional.

Nacho acababa de ducharse. Tenía el pelo mojado, estaba descalzo y solo llevaba una toalla sujeta por la cintura. Me fijé en sus hombros y en su pecho, lugares reconfortantes en los que tantas veces había encontrado asilo y protección, y que ahora ya no me pertenecían a mí: eran propiedad del engreído joven del bigote. El domador había conquistado mi territorio y, sin duda, habría borrado ya cualquier huella de mi paso sobre él. Ya no estaba izada mi bandera en el lado izquierdo de su pecho sino una bandera multicolor, menos gastada y más flamante que la mía. El exilio de una mujer derrotada.

—¿Pero qué haces así todavía? ¿Tú sabes qué hora es?

—le dije siguiendo el curso de una conversación absurda, tan alejada de la que tendríamos que estar manteniendo en ese mismo instante y en la que yo tendría que haber empezado preguntándole, por ejemplo, que con quién hablaba.

—Hoy no voy a trabajar, me he cogido el día libre por si me necesitabas. Pero ¿qué te han dicho?, a ver, enséñame la pierna.

La levanté unos centímetros para acercarla un poco a sus ojos y él bajó sus ojos para acercarlos más a la pierna. Ellos y ella se encontraron en una neutral zona intermedia.

—Oye, esto está mucho mejor —me dijo como si se alegrara de verdad de la evidente mejoría, pero a esas alturas yo ya no me fiaba de nadie y di por hecho que, puestos a mentir, también su voz estaba intentando engañar a mis oídos.

—Sí, y ya no me duele, pero tengo que tomarme la medicación que me ha recetado el médico, no vaya a ser que se quede así: esto todavía no parece una pierna humana.

Ignoro si Nacho me escuchó o no porque se sentó en la cama con la mirada perdida, como si, de pronto, se hubiera ido muy lejos de allí. Al cabo de unos segundos, parpadeó y me dijo:

—Emilia... —Solo me llamaba así cuando se disponía a decir algo grave o solemne, así que me puse en guardia.

—Dime, Ignacio —le contesté llamándole como nunca le llamaba para que supiera que me había dado cuenta de su cambio de registro. Y me empeñé ridículamente en trazar una curva con la línea de mis labios, aunque lo único que conseguí fue una sonrisa de *Ikea*, con todos los elementos necesarios para componerla, pero aún sin ensamblar, totalmente desmontada.

—Tengo que hablar contigo de algo importante, tenía que

habértelo contado antes pero no he encontrado el momento. Y ya no puedo esperar más —Fijó sus ojos en un punto indefinido del suelo de madera y continuó—: La verdad es que no sé cómo te lo vas a tomar.

—¿Y tiene que ser ahora?, voy a ir a la farmacia a comprar las medicinas y luego quiero dormir un poco: tengo mucho sueño —intenté demorar el momento. Aún me resultaba imposible encarar la conversación definitiva, esa que acabaría de forma irreversible y tal vez trágica con nuestro matrimonio.

No lograba entender, sin embargo, por qué me quería contar su secreto si tenía previsto mandarme al otro barrio. Eso era algo que no conseguía encajar en ese puzzle que, por otra parte, tenía ya todas las piezas a la vista. Nacho era, además de un adúltero hijo de puta, un psicópata: no solo planeaba matarme sino que quería que me muriera con la pena añadida de confirmar su infidelidad y quizá hasta de conocer detalles escabrosos de su relación con el domador. Una tortura que elevaba a la máxima categoría su nivel de crueldad. Es verosímil que a veces sucedan cosas al margen de lo verosímil, como dijo Aristóteles en su *Poética*. Pero algo así ni siquiera cabía en una frase tan amplia como aquella.

De manera instintiva me llevé las manos al estómago como queriendo suavizar un malestar que amenazaba con extenderse por todo el cuerpo. Era una angustia mórbida y grasienta que llevaba horas alimentándose de todo, de cualquier cosa, de una forma indiscriminada y voraz. La situación, los nervios, el desenlace tan cercano, la rabia, la impotencia..., todo me subía ya por la garganta y estaba a punto de hacerme vomitar.

—¿Y ahora qué te pasa? —me preguntó al advertir que me estaban dando arcadas.

—No sé, me duele el estómago, vas a tener que esperar para contarme eso tan importante que quieres decirme —y entré corriendo al baño.

Nacho se quedó apoyado en el marco de la puerta y continuó hablando a pesar de que yo tenía la cabeza casi sumergida en el váter y me costaba escucharlo.

—En serio, es que ya no puedo esperar más, anda, vete a la cama que te subo una infusión y te cuento, ¿vale?

Escuchar la palabra *infusión* puso en marcha las sirenas, las luces de emergencia y todos los avisos de alarma disponibles en mi cerebro y me hizo ver las cosas absolutamente claras, ese tipo de claridad que lo tiñe todo de negro. Nacho quería pasar a la acción sin más preámbulos: una infusión con la planta que había en el jarrón y la vida acabaría para mí. Volví a pensar en Lalo y en su futuro y sentí pánico, un pánico irracional porque me daba cuenta de que por mucho que Nacho me hiciera una infusión venenosa, yo no iba a bebérmela. Pero incluso repitiéndome ese argumento, no conseguí tranquilizarme. Por el contrario, el corazón se me aceleró y me sentí cobarde, más cobarde que nunca, como si una fila interminable de ceros se hubiera colocado a mi izquierda y me hubiera dejado desprovista de valor. Y todo el mundo sabe que una mujer sin valor, espoleada por el miedo, se atreve a cualquier cosa. Abandoné mi posición junto al retrete, me enjuagué la boca en el grifo del lavabo y no sé si me tembló la voz cuando le dije sin dejarle opción a reaccionar:

—No, no te preocupes, ya estoy mejor. Tú ve a vestirme que yo me ocupo de hacer las infusiones: te preparo una a ti también.

## CATORCE

RAMIRO TENÍA RAZÓN: la planta de flores púrpura es mortal. Coloqué sobre la mesa de la cocina una manzanilla en mi intocable taza del desayuno y, al lado, otra taza con una infusión que adquirió un disorde color rojo, ¿rojo pasión?, mezclada con un par de bolsitas de té. Pasados unos minutos, Nacho bajó a la cocina, vestido y con medio frasco de *Boss Bottle* vaporizado sobre la piel, y se sentó frente a mí. Su ración de penitencia humeaba como si en su interior hubiera un indio apache enviándole codificadas señales de peligro, pero él no llegó a descifrarlas.

Alcé mi taza al aire simulando tener en la mano una copa de champán; Nacho se encogió de hombros sin entender, pero no dijo nada, se limitó a imitar mi gesto.

—Por eso que me tienes que decir, para que, sea lo que sea, te salga bien —brindé. Y descubrí otro dato para la ciencia: el cinismo es como la gripe, también se transmite por el aire.

Nacho me miró como un niño al que pillan pisándole el rabo al gato del vecino: entre burlón y avergonzado.

—Eso suena a que ya sabes algo..., mejor, así me resultará más fácil contártelo —dijo Nacho, e inmediatamente después ambos le dimos un largo sorbo a nuestro destino.

—He tenido que hervir el agua en un cazo —le dije—. A ver si llamamos para que vengan a arreglar el microondas ¿Cuánto tiempo llevamos así? ¿Un mes? Somos un caso. Pero

de hoy no pasa, ahora mismo busco el teléfono y bla, bla...

Yo sabía que cualquier intervalo vacío de palabras le daría la oportunidad de comenzar su confesión, de modo que me puse a hablar de lo primero que se me ocurrió, de cualquier cosa, con el fin de abortar sus confidencias. No quería escucharlas. Ni siquiera aunque fueran su últimas palabras. El último parpadeo. El último gesto. La última oportunidad. El último movimiento del extensor de los dedos. La última mentira. El último suspiro. La última esperanza.

Nacho dejó que continuara con mi estúpida disertación y hasta me dio la razón alguna vez mientras se bebía la infusión, de nuevo ajeno a todo. Antes de que su taza quedara vacía, empezaron a caerle gotas de sudor por la frente y adiviné un ligero tono amoratado emergiéndole de los labios. Después, se llevó la mano al pecho, me dio la sensación de que agarraba con ansia el caballo bordado en su camisa, quizá con la esperanza de que el animal comenzara a galopar y le sacara de esa situación a toda velocidad.

—Emilia... —dijo.

Y se desplomó sobre el suelo de la cocina; lo hizo como lo hubiera hecho una pluma posándose en una bala de paja: lentamente y sin producir ningún ruido. Un silencio extraño que despojó de cohesión a la escena y se escondió en los goznes de las puertas, reptó por las paredes, se agazapó junto a las ventanas e inundó toda la casa con la determinación de quedarse en ella para siempre. Un silencio que retumbaba tanto como un enorme estallido.

Por un momento pensé que yo también caería al suelo sin poder decir nada: me costaba respirar; el aire había adoptado

la consistencia del hormigón y no podía entrar por los orificios de la nariz, ni por la boca y mucho menos circular hasta los pulmones. La claustrofobia del que solo se cree responsable de sus actos y se da cuenta, de repente, de que también lo es de las consecuencias.

El tiempo se hizo elástico, cada vez más largo y más estrecho, y me impidió saber cuántas horas, minutos, tal vez insignificantes segundos, llevaba deambulando por la casa, de un lado para otro, de la cocina al salón, del salón al dormitorio, luego al baño, de nuevo a la cocina, y vuelta a empezar. Sin saber qué hacer ni a quién llamar. Sola después de la batalla. Sola después de la victoria. Como Pirro, el rey de Epiro, sabiendo que era mucho lo que ganaba, pero convencida de que era aún más lo que perdía. Al menos, Lalo no sería un niño desgraciado, ni un joven amargado, ni un delincuente sin valores, ni, por supuesto, un adulto marginado y resentido. Ahí estaba yo, dispuesta a todo, para evitarlo.

Versátiles, flexibles o simplemente conformistas. Nos cuesta poco digerir cualquier cambio de estado en nuestra vida. Lo asumimos sin rencor y sin entusiasmo. Buenas o malas, acostumbrarnos a nuestras circunstancias es algo que hacemos de forma automática, como si lleváramos de serie un sofisticado sistema de aclimatación. O de supervivencia. Yo ya tenía experiencia en asumir condiciones duras como la de ser opositora durante tres años, madre insomne más de quince meses, mujer consciente de ser engañada casi un día entero. Y, de repente, noté que empezaba a familiarizarme con mi nueva condición: la de asesina. Tal vez por eso, cansada ya de dar vueltas por la casa, me detuve junto al cuerpo de Nacho y comprendí que necesitaba coartadas y que tenía que borrar

mis huellas de su taza, desabrocharle la camisa para simular una maniobra fallida de reanimación, avisar al 112, derramar lágrimas o quedarme en *shock*, llamar a alguien de confianza para contarle la desgracia, mostrar consternación y angustia a partes iguales...

Dediqué unos minutos a llevar a cabo lo más urgente, incluida la inútil llamada al servicio de emergencias.

—Mi marido está inconsciente, se ha desmayado, por favor, vengan enseguida —le dije, con la voz a punto del grito, a un teleoperador del Samur que me atendió bien aunque con una calma excesiva, como si en vez de estar pidiéndole auxilio le estuviera encargando una pizza familiar.

—¿Qué edad tiene el paciente?

—Cuarenta años.

—¿Cómo ha sucedido?

—Se ha desmayado de repente, estaba desayunando.

—¿Tiene alguna enfermedad crónica?

—No, no tiene nada, por no tener creo que no tiene ni respiración. Déjese de preguntas y vengan enseguida. Mi marido se está muriendo —le grité todo lo histérica y agitada que pude. No tuve que esforzarme mucho.

—Tranquila, señora. Tengo que rellenar la ficha. Dígame su domicilio.

—Con pepperoni y doble de queso —estuve a punto de decirle, pero preferí darle la dirección y terminar el trámite lo antes posible.

Después, me detuve a pensar a quién debía comunicarle lo que le había pasado a Nacho y concluí que lo lógico sería decírselo a su madre o a su hermana, sus parientes más cercanos, pero mi recién estrenada mente de asesina me indicó

que lo más inteligente era hacer una llamada que me sirviera en cierta forma de coartada, por eso llamé a Rocío.

—¡Rocío, esto es horrible, no vas a creer lo que ha pasado! —le dije quizá demasiado histriónica

—Emi, no me digas que lo ha intentado..., ¿ese hijo de puta ha intentado envenenarte? —me preguntó y la noté realmente preocupada.

—¡Qué no, Rocío, que no! Es algo peor: ¡joder, es Nacho!, acaba de desplomarse en el suelo, se preparó una infusión y... Ha debido de ser esa maldita planta. Las flores no eran para mí, Ro, eran para él: Nacho..., yo creo que se ha suicidado. No habíamos pensado en esa posibilidad, mi pobre Nacho... Y pensar que habíamos dudado de él... ¡Dios mío..., no respira!

Rocío tampoco respiró, con el poco aire que le quedaba en circulación, apenas sin aliento, me preguntó:

—¿Pero por qué iba a hacer algo así?

—¡Y yo qué sé!, si lo hubiera sabido..., si hubiera sabido que estaba mal, lo habría evitado —le respondí, exhalando un suspiro.

Nadie conoce las intenciones de un suicida, de lo contrario muy pocos conseguirían su objetivo, de modo que el argumento me pareció hueco y compacto al mismo tiempo.

—¡Qué fuerte! ¿Has llamado al Samur? —Y sin darme tiempo a contestar, me dijo—: ahora mismo voy para allá.

## QUINCE

RESULTA INQUIETANTE darse cuenta de que la muerte no se queda quieta ni callada: la muerte tiene alas, y altavoces conectados a cada una de las letras que conforman su palabra. De otra forma no se entiende que la de Nacho se propagara a tal velocidad y llegara a los oídos de tantas personas, incluso al de muchas a las que yo ni siquiera conocía.

Bastó una sola llamada, la que yo misma le hice a Rocío, para que la noticia formara una cadena casi infinita, un eslabón tras otro hasta adquirir una longitud que jamás hubiera imaginado pero que tuve la oportunidad de medir por la cantidad de gente que se amontonó en la sala B2 del tanatorio.

Había tenido ya el tiempo suficiente, casi un día y medio, para digerir lo que había hecho y, ahora que la ira, la rabia y el rencor se habían diluido dejando un charco inmundo y maloliente en mi conciencia, me preguntaba si no hubiera sido mejor, mucho más sencillo, dejar que Nacho se saliera con la suya: ser yo la que estuviera muerta y él el que se viera en la necesidad de enfrentarse a esa multitud de hombres y mujeres que entraban, poco a poco o en bandadas, todos con la boca muy abierta, como si fueran pollos desplumados de gorrión esperando a que alguien, yo, les proporcionara un bocado succulento, algún detalle jugoso que alimentara su curiosidad o amortiguara su tristeza.

Yo, como Sísifo, sin perdón y sin clemencia, condenada

a describir y a revivir una y otra vez el momento, a soportar, como si fuera una piedra, ese peso brutal y, una vez encaramada a la cima de los recuerdos, bajar y empezar de nuevo. Sísifo y su castigo, tan parecido al mío: eterno y frustrante.

Así me sentía cada vez que alguno de los familiares, amigos o compañeros de Nacho entraban en la sala y se acercaban cabizbajos hasta mí con la intención, seguramente bienintencionada, de darme ánimos, de ofrecerme apoyo, de enterarse de todo. Con cada uno de ellos, yo estrenaba lágrimas, siempre recién hechas, diferentes a las anteriores, de distintas tallas y de distintos sabores, grandes y pequeñas, picantes, ácidas, amargas. Lágrimas nuevas que enseguida se tornaban viejas, discordantes.

—Putas vida, todavía no me lo puedo creer —decía alguien a mi espalda.

—Joder, un tío tan vital...

—Ya ves, lo tenía todo, esto sí que es una desgracia.

—¿Y cómo dices que ha muerto?

—Está claro, lo que hay que hacer es vivir el presente y disfrutar todo lo que se pueda que ya ves lo que pasa.

—En el momento menos pensado, a tomar por culo —qué cierto es eso, pensé.

—Y con un niño aún pequeño.

—Su mujer no para de llorar, está destrozada.

Bastaba con apartar de un empujón los pensamientos propios, a veces tan estentóreos, y abrir un poco los oídos para escuchar por todos los rincones frases simples o compuestas, adversativas, subordinadas, transitivas..., pero todas frases hechas, con el mismo contenido; esa idea demasiado usada y demasiado gastada que habita en los lugares comunes, esa

extrañeza que produce la muerte de una persona joven.

Vi a Alejo, el jefe de Nacho, acercarse despacio hacia mí, como si no quisiera llegar nunca. Me dio un abrazo largo y apretado que me transmitió muchas cosas, algunas de ellas conmovedoras. Cuando finalmente se apartó, buscó un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta y se sonó la nariz.

—Lo siento tanto, Emi. Tú sabes lo que Nacho significaba para mí. No solo era el alma de la empresa, era mi amigo.

—Lo sé —asentí.

—Joder, si hablé con él apenas diez minutos antes. No eran ni las ocho cuando me llamó para decirme que no iba a ir a trabajar.

—No sabía...

—Pues sí, y te puedo asegurar que no le noté nada raro. Estaba bien, como siempre. Me contó lo tuyo, que estabas en el hospital, justo acababas de entrar a casa cuando me colgó, me dijo: te dejo que ha llegado Emi... Y hasta ahora. ¡Mierda, esto no puede ser verdad, no me lo puedo creer!

—Yo tampoco, Alejo, yo tampoco —le contesté. Y era cierto, no me podía creer que fuera con Alejo y no con el domador con el que estaba hablando Nacho cuando llegué a casa. ¿Por qué no me lo había dicho? El secreto y el silencio, tan iguales y tan distintos.

Lalo entró a la sala de la mano de mi madre que había ido a buscarlo al aeropuerto. Lo vi más alto y más niño que nunca. Él no se acercó despacio hasta mí, sino a la carrera, tenía prisa por pedirme explicaciones, prisa por que le diera alguna pista que le ayudara a entender que su padre estaba muerto y prisa, sobre todo, por que le pellizcara en la mejilla y le dijera: tranquilo, cariño, estabas soñando. Lloró sobre mi pecho, y

me sorprendió que lo hiciera con el desconsuelo que yo había imaginado que solo sentiría por mi ausencia.

—Mamá, ¿qué ha pasado? ¿Por qué se ha muerto? Papá no puede estar muerto... Me llamó hace dos días, me dijo que no te contara nada, iba a darte una sorpresa: tenía un viaje preparado para este fin de semana, a Dublín, para estar los tres juntos otra vez. Mamá, yo quiero que estemos juntos los tres otra vez... ¡Mamá!

No supe qué decirle, me limité a abrazarle con fuerza y a empaparme de lágrimas: de las suyas, de las mías, de las que ya nunca podría derramar Nacho.

Rocío se movía incansable por la sala saludando a todo el mundo como si hubiera decidido adoptar el papel de anfitriona que yo había rechazado porque no tenía valor ni fuerza para representarlo. Y estaba Angie, siguiéndola de cerca, y Ramiro apartado de todos, y estaba la madre de Nacho y su hermana, ambas anuladas por los calmantes, y los compañeros del pádel, y los del grupo de teatro, y los del trabajo, y los amigos de siempre, y los más recientes, y algunos clientes, y los vecinos, y también estaba él. Acababa de llegar.

Reconozco que se me pasó por la cabeza la posibilidad de que el domador apareciera por allí y que esa perspectiva me produjo una sensación de alivio, como si la presencia de Jota pudiera actuar de bálsamo para mis remordimientos o servirme de excipiente para darle consistencia a los motivos de mi delito, una consistencia que se iba haciendo cada vez menos sólida, más volátil y a la que, por momentos, le faltaba coherencia. Pero aunque lo pensé, catalogué la ocurrencia como algo disparatado que no podía suceder en realidad.

El domador no iba vestido de domador pero lo reconocí

enseguida: el joven rubio, cachas y con ese extraño bigote alargado y retorcido, estaba a menos de diez metros de mí. El famoso director de cine Jorge Mendoza, amigo de la infancia de Nacho, caminaba junto a él, directos los dos hacia donde yo me encontraba. Si nada ni nadie lo remediaba faltaban ocho zancadas para encontrarme frente a frente con el petulante amante de mi marido.

Jorge me presentó primero sus condolencias. Después, a su acompañante.

—Este es Barbier. Ferran Barbier —me dijo como si me presentara a Bond, James Bond, y me dio la impresión de que daba por hecho que yo tenía que reconocerlo—. El protagonista de la película.

—¿Eh? ¿De qué película? —le pregunté sin comprender a qué fin venía ponerse a hablar de cine en un momento como ese.

—La película en la que iba a actuar Nacho, te lo llegó a contar, ¿verdad?

Egocéntrico y vehemente como era Jorge Mendoza, no necesitó una contestación mía para darme todos los detalles de su nuevo proyecto: una película que empezaba a rodar en tres días sobre el amor apasionado y prohibido entre un domador y un mago a principios del siglo XX; una historia cargada de erotismo, con escenas explícitas de sexo, en la que los amantes, rendidos ante la imposibilidad de su relación, deciden inmolarse haciendo el amor dentro de una jaula llena de leones.

—Hice pruebas a cientos de actores. Pero Nacho era perfecto para el papel de mago, no había otro como él, por eso le supliqué que lo hiciera. Él no acababa de decidirse porque decía que a ti no te iba a gustar la idea. Hablé con Nacho el día anterior a su muerte y me prometió que te lo iba a contar

ya, no podíamos esperar más pero él necesitaba tu aprobación para decirme que sí. Le hacía mucha ilusión su primer papel como profesional. No sé qué vamos a hacer ahora sin él.

Al parecer, todo el mundo había hablado con Nacho en los últimos días, todo el mundo menos yo. Otra omisión a sumar a las cosas carentes, ¿o rebosantes?, de importancia.

Ferran asistía al monólogo sin decir nada, con el interés cicatero del que escucha el resultado del último partido de la Ponferradina, tan solo, de tanto en tanto, movía la cabeza levemente de arriba abajo para avalar todo lo que decía Jorge que continuaba hablando sin intención de parar, pormenorizando detalles que yo no quería saber porque lo que sabía ya me parecía excesivo, así que me disculpé y me alejé de ellos. También me alejé de mí, nunca hasta ese momento había estado tan distante de mí misma. Ni mirándome a través del telescopio *Hale* conseguiría acercar mi imagen lo suficiente para apreciar con nitidez a la Emi de siempre.

Una pared de vidrio me separaba del cuerpo de Nacho y me hizo sentir como una turista disciplinada frente a *La Piedad* de Miguel Ángel, manteniendo la compostura para reprimir las ganas de pegarle un golpe a la mampara, traspasarla y poder por fin acercarme a esa figura estática, notar el tacto frío del mármol y las aristas moldeadas de la piedra, apreciar los rasgos, la expresión, cada uno de los detalles imposibles de distinguir desde mi posición. Necesitaba abrazar a Nacho, explicarle todo a Nacho, decirle te quiero a Nacho, pedirle perdón a Nacho, reír de nuevo con Nacho, volver al punto de partida. Hora de la siesta, la revista de crucigramas abierta por la misma página, *verticales-6: Hipérbole coloquial: B O L A*, despedazar la respuesta hasta reducirla a una partícula minúscula y deslavazada,

incapaz de hacerse grande y rodar sin control por mi cabeza; un fragmento ínfimo e inofensivo con la superficie lisa al que no se le pudiera adherir nada, ni mis miedos, ni mis neurias, ni nuestros silencios, ni siquiera la capa pegajosa de tantos años de convivencia, y así evitar que se transformara en esa bola enorme e imparable que había aplastado por completo nuestro mundo.

Cada vez había más personas a mi alrededor mirando a través de la mampara, aunque tenía la certeza de que ninguna de ellas miraba a mi marido: ahí dentro no solo estaba él. Estaba también el padre de Lalo, el hijo de Luisa, el hermano de Fátima, el yerno de mi madre, la mano derecha de Alejo, el jefe de Miguel, de Puri, de Cristina..., el colega de Carlos, de Antonio, de Marga..., el compañero de Salva y el de Pedro, Lola, Edu, Ramón, Marta, Araceli, Juan..., el amigo de Julio, de Sonia, de Yolanda, de Santi... Me derrumbé en una silla frente al cristal, asustada: yo no había cometido un asesinato, había perpetrado una masacre.

A última hora de la tarde se asomó por allí la policía, dos de los agentes que habían estado en casa tomando notas y preguntando cómo había sucedido todo. No me sorprendió. Al fin y al cabo, al otro lado de la pared de vidrio también había algo suyo: el número de un expediente aún sin resolver.



## TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. *El breve verano de Nefertiti*. Hiber Conteris..... 1994
2. *El viaje*. Pura Azorín Zafrilla ..... 1995
3. *Gato por liebre*. Eduardo García Pérez ..... 1996
4. *La tercera vez*. Pilar Bellver..... 1997
5. *El farero de Sheringham*. Óscar Montero ..... 1998
6. *La noche de Gulliver*. Elena Alemany ..... 1999
7. *La piel que te hice en el aire*. Rafael Marín ..... 2000
8. *Los mejores años*. Andrés Pérez Domínguez..... 2001
9. *El tren*. María Vila ..... 2002
10. *Viento divino*. F. Javier Pérez Fernández..... 2003
11. *Las fauces del diablo*. Francisco José Jurado ..... 2004
12. *El cornezuelo de cola azul*. José Antonio Palomares ..... 2005
13. *Lo que esconde el cuadro*. Beatriz Olivenza Bernardo..... 2006
14. *Las cifras mandan, Balboa*. José Antonio Palomares ..... 2007
15. *El fantasma de John Wayne*. Jaime Molina García ..... 2008
16. *La joven del estanque*. María Luisa del Romero ..... 2009
17. *La podredumbre y el mar*. Adolfo Muñoz Palancas ..... 2010
18. *Los hijos de las sombras*. Iban Munárriz Vega ..... 2011
19. *400 ASA*. Daniel Luna ..... 2013
20. *Kilómetro treinta*. Rafael Serrano Bello ..... 2014
21. *Corderos*. Ernesto Tubía ..... 2015
22. *Vísperas de nada*. José Carlos Díaz ..... 2016
23. *El efecto avispa*. Chelo Sierra ..... 2017



Este libro se terminó de imprimir  
el 17 de enero de 2018,  
festividad de San Antonio Abad,  
en los talleres de Yeclagrífic.

